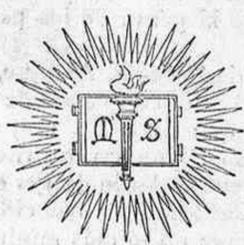


La Ilustración



Artística

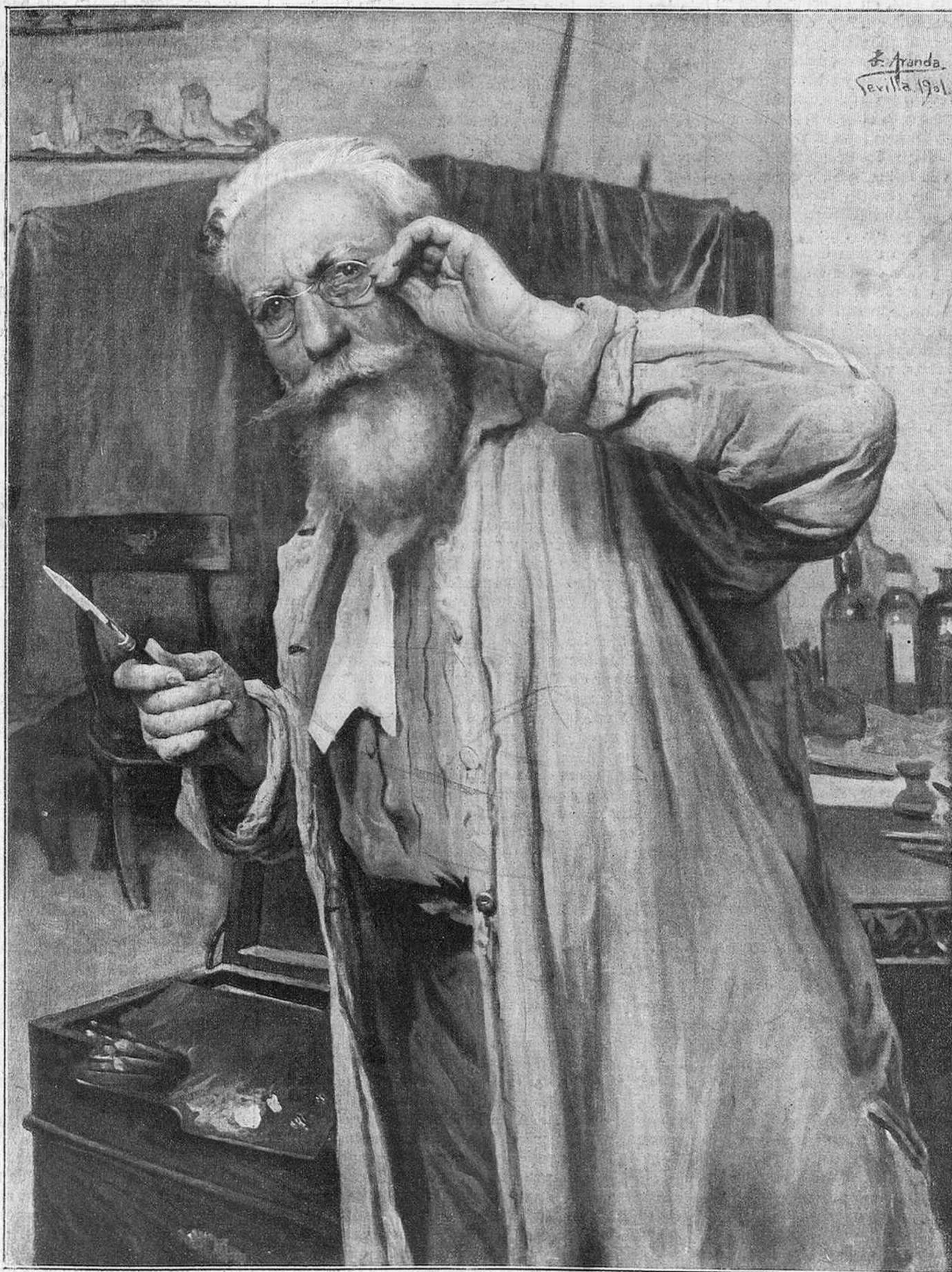
JOSÉ BERNARDO
MADRID
S. BERNARDO, 10, PRAL.

AÑO XXII

BARCELONA 1.º DE JUNIO DE 1903

Núm. 1.118

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



J. Aranda.
Sevilla 1901

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA, ilustre pintor recientemente fallecido en Sevilla

Retrato pintado por él mismo

SUMARIO

Texto. - *Crónica de teatros*, por Zeda. - *José Jiménez Aranda*, por J. Gestoso y Pérez. - *La prisión de Riego*, por Angel R. Chaves. - *Carrera de automóviles París-Madrid*, por A. - *Pequeñas miserias*, novela ilustrada (continuación). - *Aviador de los hermanos Wright*, por X. - *Tracción de los tranvías por medio del aire comprimido*, por R. P. - *Fiestas celebradas en San Luis (Estados Unidos)*, por M.

Grabados. - D. José Jiménez Aranda, retrato pintado por él mismo. - *Dar de comer al hambriento*. - *El naturalista*. - *El puente de Triana*. - *La lectura de la «Gaceta»*. - *El amigo de los pájaros*. - *¡Local!* - *En el despacho del notario*. - *S. M. el rey que Dios guarde*. - *Una desgracia*, cuadros de José Jiménez Aranda. - Dibujo de Medina Vera que ilustra el artículo titulado *La prisión de Riego*. - *Carrera de automóviles París-Madrid*. Coche ligero Renault, guiado por M. Marcel Renault, ganador de la carrera París-Viena. - Coche Mors, tipo París-Madrid, guiado por M. Enrique Fournier, ganador de la carrera París-Berlín. - Coche ligero Richard-Brasier. - Coche ligero Decanville, guiado por M. Mestayer. - El aviador de los hermanos Wright. - Tranvía de aire comprimido Mekarski. - Caldera sistema Bonnet. - *Fiestas celebradas en San Luis (Estados Unidos)*. - *El presidente Roosevelt pronunciando un discurso en uno de los edificios de la futura exposición*.

CRÓNICA DE TEATROS

El graciosísimo jesuita Isla, en el prólogo de su *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, se encara con el público y le endereza los siguientes razonamientos: «Usted solo es el que da ó quita el crédito á los escritos y á los escritores; usted solo el que los eleva ó los abate, según lo tiene por conveniente; usted solo el que los introduce en el templo de la fama ó los condena al calabozo de la ignominia; usted solo el que los eterniza en la memoria, ó hace, apenas ven la luz, que, entregados á las llamas, se esparzan sus cenizas por el viento.»

Razón tenía que le sobraba para explicarse de esta suerte el chistosísimo padre. Tuerto ó derecho lo que el público decreta, eso causa estado. Y si el público - tomada esta palabra en su significación más comprensiva - es un señor absoluto y tiránico, su tiranía y su despotismo aún son mayores en el teatro. Pero su poder indiscutible no implica infalibilidad. Como todos los tiranos, comete iniquidades é incurre en extravagancias, y aplaude á Comella y silba á Shakespeare. En el libro puede el autor ir venciendo individualmente á cada uno de sus lectores, á la manera que el último de los Horacios venció á los tres Curios; mas en el teatro el autor tiene que luchar é el solo contra todos los espectadores juntos. Por esta razón lo más cómodo es, como decía Lope, hablar en necio, supuesto que es necio el vulgo que escucha.

Quizás Coquelín, á quien hemos visto recientemente en el teatro de la Zarzuela, tiene, respecto del público español de nuestros días, concepto semejante al que del siglo XVII tenía el Fénix de los ingenios. Digo esto porque el célebre cómico francés ha venido á Madrid con una *troupe* verdaderamente impresentable y ha puesto en escena las comedias con un decorado aún más impresentable que la *troupe*. A pesar de lo dicho, y no obstante estar las obras representadas (*Le Tartufe*, *Le bourgeois gentilhomme*, *Le Medecin malgré lui*, *Mlle. de La Sanglière*), con todo su indiscutible mérito, muy lejos de los gustos del día, es lo cierto que lo más distinguido y encoquetado de Madrid ha acudido en masa á admirar á los cómicos franceses, dejando el teatro de la Comedia, en donde trabaja Zacconi con una actriz verdaderamente notable, la Sra. Cristina, y con una muy discreta compañía, en la más espantosa soledad.

Y á decir verdad, casi es mejor que este público distinguido deje de ir al teatro á que vaya como suele ir, no á ver la comedia, sino á lucir sus prendidos y á hablar en alta voz de sus cosas. Salvo contadas excepciones, á la gente *comme il faut*, abonada á los días de moda, lo que menos le interesa es el espectáculo, y si algo de él llama la atención son las *toilettes* de las actrices: el autor y el actor quedan eclipsados por el modisto. Cada palco es un gabinete de tertulia en la cual se charla, se ríe y se *flirtea* de lo lindo. El espectador de buena fe que paga su localidad para oír la función, tiene que contentarse con oír el zumbido de los abonados y abonadas. En vano es que alguno de los espectadores, que quieren enterarse de la comedia, trate de imponer silencio con un significativo *chist*, las elegantes tertulias de palcos y plateas siguen en todo su esplendor y la conversación y las risas continúan ahogando la voz de los actores.

Cuéntase que cantando cierta noche Tamberlik en el teatro Real, un *dilettante* se puso á tararear en su butaca, siguiendo el canto del gran artista. Un espectador que estaba al lado del *dilettante* no pudo contenerse y exclamó en voz alta:

- ¡Qué impertinente!

- Eso de impertinente, ¿lo dice usted por mí?, saltó el aficionado.

- No, señor, replicó el otro, lo digo por Tamberlik, que me priva del gusto de oír á usted.

Muchas noches me ha parecido también á mí impertinente Zacconi por no dejarme oír del todo las conversaciones de la gente de los palcos y plateas.

Y á propósito de Zacconi. Aunque, por regla general, es escaso el público que acude á la Comedia, cosa á la verdad que no habla muy en pro de las aficiones artísticas del público madrileño, el gran actor continúa haciendo alarde de sus extraordinarias dotes artísticas. Partidario convencido de la verdad en el arte, no intenta en lo más mínimo poetizar los personajes por él representados, sino que aspira á darles los caracteres de la realidad hasta tal punto, que viéndole nos olvidamos de la ficción escénica. «Procura - según él mismo dice - buscar y entender ante todo el pensamiento primitivo que engendró el drama. El actor moderno - sigue diciendo en un artículo suyo publicado no ha mucho en Italia en contestación á otro del trágico Salvini - debe observar qué parte de aquel pensamiento corresponde al personaje que él encarna y darse cuenta de la cantidad de luz que le ilumina dentro del cuadro escénico. Después, con paciente análisis, debe penetrar, hacer suya y revelar totalmente y con perfecta claridad el alma de su personaje, teniendo en cuenta tanto las condiciones de nacionalidad, región, educación y ambiente que lo han producido y modificado, como los caracteres exteriores que lo revisten. En el estudio de la frase debe revelar con exquisito cuidado la significación más recóndita de todas aquellas palabras que tienen importancia, para la claridad de la tesis general y de cada uno de los conceptos, al través de los cuales dicha tesis se manifiesta; y confiarse después, al interpretar la obra, á aquella cantidad de intuición, de genialidad, de sentimiento, que basten á infundir vida al personaje de tal manera estudiado y comprendido, huyendo siempre de los efectos escénicos que pudieran obscurecer el pensamiento del autor y el estudio del intérprete.»

Tales son las leyes que escrupulosamente cumple el gran actor italiano.

Entre sus admirables creaciones merecen particular mención la de Lorenzaccio y la de Oswaldo, del drama de Ibsen *Spetri*.

Alfredo de Musset, influido sin duda por la asombrosa figura de Hámlet, escribió el poema dramático más bien que drama propiamente dicho que lleva aquel título. El personaje histórico elegido por el poeta francés es por la complejidad y lo contradictorio de su carácter y por el medio en que vivió, muy á propósito para héroe de una obra poética. La historia cuenta que Lorenzaccio, de la familia de los Médicis, pasó sus primeros años consagrado al estudio, que exaltado por la lectura de los historiadores romanos, quiso reproducir la hazaña de Bruto, proponiéndose matar á Clemente VII, por lo cual tuvo que escapar de Roma y refugiarse en Florencia, en donde gobernaba, como duque, el bastardo Alejandro de Médicis. Parece que el duque se enamoró de cierta joven á quien amaba Lorenzaccio. Éste disimuló su pasión, y fingiéndose tercero de las pretensiones amorosas del tirano, atrajo á Alejandro á una supuesta cita y allí le dió de puñaladas. Cometido el asesinato, huyó Lorenzaccio á Venecia, y puesta á precio su cabeza, fué muerto á manos de los sicarios de Cosme de Médicis, proclamado duque de Florencia.

El drama de Musset sigue paso á paso la historia de Lorenzaccio desde que éste gana, á fuerza de bajezas, la confianza de Alejandro, hasta que después de cometer su crimen muere ahogado en uno de los canales de Venecia. El poeta evoca con gran fuerza de expresión la sociedad italiana del siglo XVI, tan brillante y deslumbradora en cultura artística como degradada en las costumbres.

Los que han adaptado á la escena el poema de Musset, más que conservar el sentido de la obra han procurado proporcionar ocasiones de lucimiento al actor encargado del papel del protagonista. Tal como ha quedado el drama es una verdadera aria coreada, ó más bien un cuadro de figuras borrosas y no muy bien agrupadas, entre las cuales se destaca la de Lorenzaccio. Este extraño personaje ha sido estudiado con exquisito esmero por Zacconi, el cual nos muestra con asombrosa verdad el alma compleja y misteriosa del asesino de Alejandro de Médicis, con sus terrores, accesos nerviosos é insensatos sueños.

Aún puede llegar á mayor altura, y en efecto llega, el arte de Zacconi en el papel de Oswaldo del drama de Ibsen titulado *Spetri*. El aniquilamiento intelectual de aquel pobre ser condenado á la idiotéz por culpas ajenas; la desesperación de aquel hombre que siente que la razón se le escapa y que

se ve hundir sin remedio en el abismo de la imbecilidad, toda aquella tragedia en que no intervienen venenos ni puñales, mas no por eso menos espantosa, es expresada por Zacconi con tanta realidad y tal fuerza de sugestión, que hasta llega á producir en algunos momentos cierto malestar físico á los espectadores. Aquel es sin duda el Oswaldo que imaginó Ibsen.

Con afán de gloria, muy digno de elogio, el joven actor Francisco Fuentes ha llevado á cabo la difícil empresa de representar el papel de Hámlet. Es quizás este personaje el de más difícil interpretación de cuantos ha creado la musa dramática. Su carácter consiste precisamente en no tener lo que en términos literarios se llama carácter. Hámlet no camina por la vida, vaga por ella sin rumbo. A fuerza de reflexionar, de querer estudiar el pro y el contra de todas las acciones, nada hace. Ni cree en los demás, ni cree en sí mismo. «Hámlet - dice un crítico moderno - es en realidad un neurótico pesimista, injerito en un aparente alienado. La idea de hacer de Hámlet un verdadero triste, un alma enferma, al mismo tiempo que un insensato fingido, aunque da demasiada complejidad al personaje, comunícale, en rigor, grandeza, puesto que hace de él un carácter más viviente, más simpático, más humano. Confiar á un héroe una obra de venganza era imaginar un asunto dramático; pero confiar esta misión á un ser débil, perplejo, angustiado, que se esfuerza dolorosamente por tener voluntad, por hacer, por realizar su grave y difícil tarea, mezclando las extravagancias de su locura fingida á las desgarradoras lamentaciones de su abulia...», expresar todo ello, reservado tan sólo estaba al genio de Shakespeare.»

Siendo esto así, imagínese la enorme dificultad que ofrecerá la interpretación escénica de tan complicado personaje. Ni Irving, ni Sarah, ni Zacconi, ni Novelli, ni ninguno, en fin, de los más grandes actores que han representado el personaje Shakesperiano, se han visto libres de los reparos de la crítica. Fuentes - y por ello merece sinceros aplausos - ha estudiado con verdadero amor el papel de Hámlet, representado con el respeto que tan sublime creación merece, y hasta logra en algunos momentos dar á las frases del príncipe de Dinamarca el sentido, la intención y el tono adecuados á los sentimientos y pensamientos que aquéllas encierran. Llegar en tan ardua labor hasta donde ha llegado Fuentes, no es poco. Plácemes merecen también los Sres. López Ballesteros y González Llana por el acierto con que han adaptado el *Hámlet* á la escena española. A pesar de las modificaciones que les ha sido forzoso hacer, de las transmutaciones de algunas escenas, de la supresión de otras, así como de algunos vocablos que hoy serían intolerables, el «arreglo» hecho por los dos aplaudidos escritores es el más en armonía con el espíritu del drama original de cuantos he visto representar en los teatros españoles.

Tres años hace que se puso en escena en el de la Porte-Saint-Martin de París el drama en diez y seis cuadros, un prólogo y un epílogo titulado *Los Miserables*, que Carlos Hugo y Paul Meurice sacaron de la célebre novela de aquel título. Aunque hecha con esmero la refundición del «poema» (que como poema debe ser considerada la gran obra de Víctor Hugo), tal refundición, en vez de un verdadero drama es una serie de cuadros que tienen algo de la borrosidad del cinematógrafo. Aquella sucesión de escenas, hermosas algunas, pero poco coherentes, fatigan al espectador.

Además en *Los Miserables*, novela, más que la acción nos interesan y nos deslumbran las reflexiones que hace el autor, sus descripciones, sus digresiones, todo, en fin, lo que no cabe en el drama.

Arreglo del arreglo, ó refundición de la refundición es el melodrama que ha hilvanado González Llana, en unos cuantos días, á fin de que lo represente la compañía que trabaja en la Zarzuela. Aunque la novela de Víctor Hugo sale mal parada del arreglo francés, y por consiguiente, del español, es lo cierto, que aún conserva reflejos, por decirlo así, de su primitiva belleza, que conmueven é interesan al espectador.

De otras novedades solamente son dignas de mención la comedia en dos actos de costumbres toreras, original del Sr. Viérgol y estrenada en Lara con el título de *La matadora*, y el sainete sazonado con puñados de sal gorda, y cuyo título es *El terrible Pérez*, estrenado en Apolo para beneficio de Carreras.

Todo lo demás que ha visto la luz de las candidas ha ido á parar «á do va lo que zozobra.»

ZEDA.



JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA

El arte español está de duelo. Inerte, abrumado por el dolor, llora la pérdida irreparable de uno de sus más preclaros hijos, tanto más sensible hoy cuanto que por todas partes nos rodean tristezas y desventuras. La muerte del gran maestro sevillano ha abierto profunda y nueva herida en el corazón de la madre patria, que ha de tardar mucho tiempo en cicatrizar, y al grito de dolor lanzado por aquélla han respondido unánimes, no ya los españoles, sino los hombres cultos de todo el mundo; porque Jiménez Aranda era, á más de español, gloria de la humanidad que siente y piensa; soberana encarnación del arte que no reconoce límites, países, ni fronteras, genio cuyo lenguaje no lo traducen las palabras porque es universal y brota de todas las almas susceptibles de apreciar y de sentir la belleza. Sus titánicas energías, su férrea voluntad, prestaron alientos á su poderosa inteligencia, y de la unión de tales fuerzas han resultado las innumerables obras que sirven de pedestal á su fama.

He aquí el secreto de su admirable fecundidad, de sus creaciones infinitas, en las cuales se nos revelaba, ora como experimentado psicólogo, ora como profundo observador de las tendencias y aspiraciones modernas, ya como satírico refinado, ya por último como fidelísimo intérprete de las costumbres de antaño.

En la labor artística de Jiménez Aranda resplandece desde luego, como nota la más característica, su españolismo. De él podría decirse que era un patriota de cuerpo entero, no á la usanza de los que hoy se estilan, sino á la manera que lo fueron nuestros abuelos de Bailén y de Zaragoza. Aquel espíritu, por desgracia ya casi extinguido, en que se aunaban la entereza con la sencillez y la modestia, hacíanle rendir culto á la verdad, sin que jamás la lisonja manchase sus labios, llegando su ruda franqueza en ocasiones á perjudicarlo ante los cortesanos de la doblez y de la falacia.

Bien podía decirse de él que su rostro era espejo de su alma, y con razón dijo un biógrafo suyo: «No es joven; su cana cabellera y su barba le prestan cierta majestuosidad legendaria; la abstracta penetración de su mirada denuncia el poder creador de su fecundo ingenio; aquella frente ancha y de ceñudo entrecejo transparenta el luchar interno de la idea;

su rostro que parece perdió desde la primavera de la vida la lozanía de la mocedad, dice lo que la labor perseverante del crear consume, como igual-

mente su contextura delicada, pero no enteca, da á su continente cierta hidalguía romántica; la elegante esbeltez de la figura y su porte distinguido traen la prosapia de antaño, conjunto de síntomas que de por sí pronostican el vigor, esa viva sensibi-

miento de sus dedos, que de continuo están haciendo pequeñas esferas de papel, vicio explicable de su actividad nerviosa cuando su razón descansa, haya sido por alguien atribuido á estudiado ejercicio de agilidad para el manejo del pincel, cuando esto es en él

tan natural como en el orador la soltura del lenguaje.»

Así era en su exterior, y no olvidaremos el efecto que nos producía al encontrarlo en las mañanas de este último invierno, envuelto en su amplia capa, con su sombrero de alta copa cónica, algo semejante á los que usara Felipe II, su blanca barba, su andar reposado y su severo continente, que en más de una ocasión nos hizo volver el rostro para mirarlo, echando de menos en su noble figura la larga espada, cuya reluciente contera debía asomar por debajo de la capa.

Y sin embargo de este aspecto severo, en su corazón albergaba la ternura de un niño. Amante de su familia, no podía ocultar su pesar é inquietud cuando alguno de los suyos enfermaba, preocupándose hasta de los más insignificantes síntomas. Por ellos y para ellos trabajó sin descanso, aun en sus últimos años, sacrificándose á pesar de haber llegado á la meta de sus aspiraciones como artista.

Jamás le vimos en una diversión pública, en un teatro ó casino; para él no había más pasatiempo que su estudio de la calle Quevedo: ruinoso caserón en que produjo sus últimos dibujos del Quijote, amueblado no por cierto con lujo, sino como celda de un anacoreta.

Con motivo del centenario de Velázquez, y en representación de esta Academia de Bellas Artes, hicimos juntos un viaje á Madrid Jiménez Aranda, Bilbao y yo. Hasta hora muy avanzada de la noche duró la conversación, sostenida principalmente por el gran maestro, á quien procurábamos hacer hablar de materias artísticas, muy especialmente de las tendencias del arte moderno, acerca de las cuales con su franqueza habitual manifestó sus convicciones de que el fundamento de toda obra artística ha de ser la verdad.

Pocos días después, en el que aún se llamaba Ministerio de Fomento, el marqués de Pidal dábase la noticia de que S. M. había firmado su nombramiento de caballero Gran Cruz de Isabel la Católica.

Jiménez Aranda contestó solamente: «Gracias.»

Imposible es en los cortos límites de que disponemos esbozar el carácter moral del artista, consignar los triunfos que obtuvo en su larga carrera y



DAR DE COMER AL HAMBRIENTO, cuadro de José Jiménez Aranda

idad que devora las fuerzas inagotables de existencia tan privilegiada. La concentración de su espíritu artístico es tal, que á veces aparece ser lo que no es en realidad. De ahí que por un insignificante movi-

dar á conocer los títulos de las obras á que debió su universal renombre. Algo, no obstante, tenemos que decir para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores.

Nació en esta ciudad el 7 de febrero de 1837 en la casa de la plaza del Duque de la Victoria que hace esquina á la de Alfonso XIII, de padres de modesta posición, manifestando desde muy niño su afición al manejo del lápiz, como lo prueba un libro que conserva su familia, en el cual á la edad de diez á doce años hizo su autorretrato, los de sus hermanos y los de otras personas; libro que hemos tenido el gusto de hojear y cuyas páginas revelan ya una seguridad en el trazo impropia de sus cortos años, y manifiestan cómo el discípulo se aprovechaba de las enseñanzas de su primer maestro don Antonio Cabral Bejarano, pues el estilo que caracteriza los dibujos de los maestros hispalenses de entonces, D. José Bécquer, Barron, Escribano, etc., se ve reflejado en ellos.

Poco tiempo después estudió un curso académico de escultura, para cuyo arte también demostró singular aptitud; pero obligado por las circunstancias tuvo que dedicarse á litografiar santos de batalla, continuando por tan extraviada senda hasta que el ilustre D. Eduardo Cano fué nombrado profesor en esta Escuela de Bellas Artes, el cual bien pronto pudo apreciar las cualidades de su discípulo, obrándose en él un cambio radical, que fácilmente se comprende, teniendo en cuenta que el maestro madrileño sobrepujaba singularmente á los artistas sevillanos, ya por el encanto del color, como por la nueva manera ó estilo de sus obras y por su espíritu tan culto como delicado.

En 1864 presentó algunos lienzos en la Exposición de Madrid, que fueron *El músico ambulante*, *La hija del preso* y *La huérfana*, mereciendo en la última una mención honorífica. En 1866 enviaba *La pordiosera* y el boceto *Los ángeles buenos y los malos durante el suplicio de Jesús*, que fué objeto de los más grandes y unánimes elogios, y al siguiente año, *D. Miguel Mañara encontrando su entierro*.

Trasladóse en este tiempo á Jerez de la Frontera, donde conoció á su esposa D.^a María de los Dolores Velázquez, y ya en 1868 hallámoslo establecido en Madrid, alcanzando la pública estimación con sus obras *Poniéndose como ropa de Pascuas* (1871) y *Un lance en la plaza de toros*, asunto que repitió más tarde, colocando la acción á fines del siglo XVIII.

En el citado año de 1871 hizo su primer viaje á Roma; en el de 74 regresó á España, pasando uno en Valencia, de cuya capital volvió á Sevilla. En 1878 envió á París su famoso cuadro *El guardacantón*, y entre otras obras ejecutó varios dibujos para el álbum homenaje á Calderón de la Barca, que publicó la Academia Libre de Bellas Artes de esta ciudad, y varios retratos, entre ellos el de D. Juan Piñera y el de la señora duquesa de T'Serclaes, que es verdaderamente notable.

En los comienzos de 1882 fijó el artista su residencia en París, acompañado de toda su familia, obteniendo cada día señalados triunfos.

Larga fué su estancia en aquel emporio de la civilización, y su talento y perseverante labor llevaron su nombre á todas las grandes ciudades del mundo;

á pesar de lo cual, su amor patrio trájole de nuevo á su amada Sevilla en 1892.

Desde esta fecha hasta el día no cesó un momento de trabajar, ya pintando preciosos cuadros, ya dibujos, entre los cuales no podemos dejar de mencionar la famosa colección del *Quijote*, que se com



EL NATURALISTA, cuadro de José Jiménez Aranda

pone de 700 bocetos y de 137 asuntos concluidos. Estas obras son tan conocidas de todos los amantes del arte, que creemos ocioso tratar de ellas. Serían bastantes para fundar sólidamente la reputación de un maestro, juntamente con los de *La visión de fray Martín* y los del *Capitán Montoya*.

Finalmente, después de treinta y seis días de enfermedad producida por fiebres malignas, á las tres de la madrugada del día 6 de mayo de este año, rodeado de sus amantes hijos y asistido por los médicos sus íntimos amigos los hermanos Sres. Ruiz Prieto, pasó de esta vida á la eterna, dejando en pos de sí las lágrimas de sus deudos y amigos y el recuerdo imperecedero de su ingenio soberano.

**

He aquí los premios y honores que alcanzó:
 1881. — Exposición de Madrid, medalla de tercera clase.
 1882. — Salón de París, íd. íd.
 1883. — Exposición Universal de Munich, premio de honor.
 1889. — Idem íd. de París, dos medallas de primera clase.
 1890. — Idem de Madrid, una íd. íd.

1891. — Idem de Berlín, diploma de honor.
 1892. — Nombramiento de académico de la Real de Berlín. — Condecorado con la cruz de 1.^a clase de la R. O. de Alberto de Sajonia.
 1893. — Exposición de Chicago, medalla única.
 1894. — Exposición de Vizcaya, íd. de 1.^a clase. — Idem de Berlín, íd. íd.
 1898. — Idem de Barcelona, íd. íd. — Nombramiento de profesor de colorido y composición en esta Escuela de Bellas Artes.
 1899. — Gran cruz de Isabel la Católica.
 1900. — Exposición Universal de París, medalla de 1.^a clase.

En cuanto á los cuadros que justifican su reputación, recordamos los que llevan los siguientes títulos:

En Roma y en Valencia pintó, entre otros, *La rifa del santo*, *El barbero en lunas* y *La murga*.

En París, *Ayer y hoy*, *¿Será Stradivarius?*, *La robotica*, *La peluquería*, *Los inválidos de la primera República*, *El recomendado*, *Un concierto ante Su Emi-nencia*, *Los murmuradores*, *Una noticia interesante*, *Preliminares de un casamiento*, *¿Que viene el capitán!*, *El abuelito*, *Los dos amigos*, *La lectura de la Gaceta*, *Los últimos recursos*, *Los últimos retoques*, *La Audiencia*, *Los primeros pasos*, *De sobremesa*, *El maestro de baile*, *Los dos amigos*, *El poeta*, *Consummatum est*, *El café*, *Solo de flauta*, *Una desgracia*, *Partida de ajedrez*, *Los políticos*, *Los fumadores*, *La última gota*, *¡Abrid en nombre del rey!*, *El doctor*, *Partida perdida*, *Lectura de una poesía satírica*, *Al amor de la lumbre*, *¿Quién engañará á quién?*

En Sevilla ha pintado *El mentidero*, *El santero*, *Bajo los naranjos*, *El sermón en el Patio de los naranjos*, *Los bibliófilos*, *Un accidente de las corridas de toros*, *La carta de recomendación*, *Tertulia en un patio de Sevilla*, *La presentación*, *La consulta al abogado*, *¡Abandonada!*, *¡Local!*, *Desengaño*, *Los pequeños naturalistas*, *La ola*, *Crucifijo*, *Retratos de D. Vicente Pita-*

luga y de D. Eduardo Cano, boceto para un techo y *El puente de Triana*, que no ha llegado á concluir.

De su última temporada en Madrid fueron los titulados *En familia*, *La venta de la esclava*, *La echadora de cartas* y *La partida de tresillo*.

No pretendemos, ni con mucho, dejar hecha la enumeración de todas sus obras: puede asegurarse que esta enumeración no es más que parte de su prodigiosa labor; y si fuésemos á citar las obras hechas al lápiz, á la pluma y á la sepia, sería interminable la lista; pero basta con lo dicho para que nuestros lectores puedan apreciar su pasmosa fecundidad, que no creemos que haya superado ningún artista contemporáneo.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

Sevilla, mayo de 1903.

Nada hemos de añadir al notable estudio crítico-biográfico de nuestro querido colaborador Sr. Gestoso y Pérez; únicamente diremos que LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que en tantas ocasiones ha reproducido obras maestras de Jiménez Aranda y que hoy se honra dedicando un sentido recuerdo á su memoria, llora con todos los amantes del arte español la muerte de uno de nuestros más preclaros pintores.

ÚLTIMA OBRA DE JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA



El puente de Triana, cuadro que ha dejado sin concluir José Jiménez Aranda



La lectura de la Gaceta, copia de un cuadro de José Jiménez Aranda



LA PRISIÓN DE RIEGO

(EPISODIO DE 1823)

I

Si hubiera sabido entonces que de los concurrentes que llenaban casi por completo el obscuro cafetín de la isla de San Fernando en que el aguacero me había obligado á buscar refugio, muchos, la mayor parte, habían de ser muy en breve figuras principalísimas en nuestra historia política, más me hubiera fijado en ellos.

Pero como para mí, y hasta para muchos de los interesados, tal cosa era un secreto todavía, confieso que ni las memorias que ahora guardo las tendría, si lecturas y conversaciones posteriores no hubieran venido á refrescar mis recuerdos.

Con tales ayudas puedo decir que dos tercios de los en tal sitio reunidos eran militares, de los del ejército que se enviaba á dar socorro á las tropas que hacían los últimos esfuerzos para contener aquella insurrección americana que había de hacernos perder gran parte, y no la peor, de los ya mermados dominios que España conservaba allende los mares.

No todos lucían el molesto, aunque vistoso uniforme de los cuerpos á que pertenecían; pero según costumbre muy generalizada en aquella época, hasta los vestidos de paisano ostentaban en fraques y levitas las insignias de sus grados y se cubrían con el sombrero de picos galoneado de oro ó plata usado por jefes y oficiales.

Mi acompañante, como hombre que era entrometido como él solo y conocedor de toda clase de personas, me fué señalando y nombrando á cada uno de los concurrentes al café, entre los que, sin explicarme la causa, el primero que fijó mi atención fué un comandante que frisaría en los treinta años, de rostro moreno no muy obscuro y que por cierto llevaba cuidadosamente rasurado, de ojos vivos é inquietos, así como sus ademanes todos, y cuyos pómulos acentuados y salientes acusaban muy á las claras su origen asturiano.

El tal, á lo que me dijo mi *cicerone*, se llamaba D. Rafael del Riego, había abrazado muy joven la carrera de las armas, y después de batirse en los albores de la guerra de la Independencia con más heroísmo que fortuna, había caído prisionero de los franceses en la rota de Espinosa de los Monteros.

Vuelto á España, después del tratado del año 15, había ingresado de nuevo en el servicio, y ahora con el empleo de comandante y grado de teniente coronel mandaba el segundo batallón de Asturias, uno de los regimientos destinados á embarcar para América.

Quiroga y Arco Agüero eran otros de los que más cerca estaban del futuro «héroe de las Cabezas;» pero de éstos apenas recuerdo la gallarda figura del uno, y el empaque seco y un tanto avinagrado del otro, sin poder decir si vestían en aquel momento el uniforme á que respectivamente tenían derecho por razón del empleo y del cuerpo en que militaban.

Entre los paisanos creo, sin estar seguro de ello, que se destacaba la procerosa figura de Ystúriz, pero sí puedo afirmar que el que con su locuacidad quitaba de la boca la palabra á todos, era un hombre desgraciado por demás de rostro, pero en el que había tal vivacidad, que lejos de hacerle antipático atraía y casi subyugaba, y que aunque vestía con un desaliño á que poco faltaba para rayar en el desaseo, revelaba con ello y todo en su porte la distinción y el buen tono del que nació en buena cuna y se educó en el trato de la más escogida sociedad.

— Ese es, siguió mi acompañante, Antonio Alcalá Galiano, una cabeza destornillada, hijo del ilustre marino que pereció heroicamente en el tan glorioso como poco afortunado combate de Trafalgar, y mozo tan despierto, que si la mitad de lo que tiene de sal en la mollera lo tuviera de juicio y cordura en sus acciones, á desempeñar altos papeles le tendrían todos por destinado. A la carrera esa que no sólo su padre, sino sus abuelos todos sirvieron con gloria, quiso dedicarle su familia; pero él prefirió la de la diplomacia, y aun de ésta le tiene separado lo levantisco de su natural, desempeñando ahora, en la Intendencia militar del ejército expedicionario, un puesto muy inferior á sus méritos.

Tras éste me fué señalando mi guía otros futuros personajes, entre los que, si no estoy trascordado, se hallaba un mancebo de alta talla, vestido con exagerada y no muy castiza corrección, y á quien todavía conocían pocos á causa de encontrarse recién venido á España, procedente de una casa de comercio de Londres, en que prestaba ya valiosos servicios.

El tal, que más que en el período revolucionario que se preparaba estaba llamado á desempeñar importantes papeles políticos en otros más lejanos y no menos revueltos tiempos, era D. Juan Alvarez y Mendizábal, negociador entonces de un empréstito que había de servir para la empresa de que no hablaba nadie, pero en que todos pensaban.

No recuerdo si de alguno más me habló mi compañero de excursión; pero sí hago memoria perfectamente de que no pudo terminar la enumeración de todos por habérselo impedido un incidente, que no á nosotros sólo, sino á todos los concurrentes al cafetín puso en tumultuosa conmoción.

II

Cuando más enfrascados estaban los militares en conversaciones, en que de estar entonces en autos hubiera sorprendido más de una frase simbólica de las que estaban más en uso en las sociedades secretas, por la puerta del café se entró un hombre con ademán de buscar á alguien á quien le interesara hablar.

El tal contrastaba con el resto de la concurrencia por vestir el burdo traje de los cortijeros y hombres de campo, llevando revuelto á la cabeza un abigarrado pañuelo que cubría en parte un sombrero de anchas alas, ciñendo su robusta espalda un chaquetón de paño pardo con coderas y vivos de colores

chillones y no dejando ver los anteados zajones otra cosa que el último tercio de unas polainas muy adornadas de cordonaduras y botoncillos, rematadas por unos zapatones de cordobán que adornaban relucientes espuelas vaqueras.

Con tal insistencia se quedó el intruso mirando á los consumidores de la más concurrida de las mesas, que uno de ellos no pudo contener su impaciencia y hubo de preguntarle con avinagrado tono:

— ¿Busca usted á alguien?

— Sí busco, contestó el interpelado con el acento gutural de los hijos de Jaen y con ademán rudo y entero. Busco á un caballero que ahora voy á ver si es digno de llamarse tal.

— ¿Sabe usted su nombre ó conoce sus señas?

— Ni lo uno ni lo otro. Sólo sé que el para mí desconocido, valiéndose de arrumacos y lagoterías, ha perdido á una hermana mía, niña que apenas raya en los diez y ocho abriles y que era gala y encanto de un cortijo de Arquillos, en que con perdón desempeño los oficios de porquerizo; y como también los pobres sabemos lo que es honra y tenemos nuestro cachito de dignidad, á buscarle vengo para que me devuelva á mi hermana lo primero y después para que repare el mal que ha hecho.

— No me parece el mejor camino el que usted ha tomado, replicó con impertinencia un oficialite casi imberbe.

— Por bueno le tengo yo, contestó el guardador de puercos; que si el tal es tan bien nacido como se dice, no ha de ocultarse cuando por él pregunta un hombre solo.

De la aventura algo debía saberse ya en el círculo, puesto que todas las miradas se fijaban en Galiano, que aunque metido constantemente en enredos de aquella calaña, no había dejado de palidecer ante la actitud resuelta del campesino.

Sin embargo, como el futuro fogoso orador de la Fontana de Oro no era hombre que callara ni en las situaciones más difíciles, á contestar iba ya al extraño reto, cuando alguien se interpuso, no dejándole hacer uso de la palabra.

Riego, que ya fuera por no tolerar que en lance bueno ó malo hubiera otro protagonista que él, fuera porque su natural altivo no sufriera provocación individual ó colectiva, hacía ya rato inquieto y nervioso, acabó por ponerse de pie diciendo al porquerizo:

— Pues figúrate que yo soy el hombre que buscas, y empieza por decir qué es lo que quieres.

— Poca cosa. Que se venga usía allá afuera donde no haya tanta gente que pueda escucharnos, y allí nos entenderemos como buenos amigos.

— Eso haría si fueras de otra condición, repuso Riego ya descompuesto por la ira; pero con los de la tuya lo que hago es llamar á mi asistente para que á palos los eche de donde me molestan.

Y como al decir esto fuera á lanzarse sobre su interlocutor, poniéndose todos de parte del militar y echando á chacota lo que caminos más serios parecían tomar, entre befas y empujones pusieron de patitas en la calle al porquerizo.

Este, con la actitud resignada del que comprende que no es el más fuerte, se limitó á decir en una especie de ronquido:
 - Señor comandante, Dios no es viejo y puede que algún día nos veamos dónde y cómo se acuerde usía de quién es Mateo López Lara.

III

Figúrese el lector si se olvidaría pronto el incidente del cafetín de la isla de San Fernando, cuando pocos días después se iniciaba en las Cabezas de San Juan el glorioso alzamiento que, al cabo de no pocas peripecias, había de restablecer en la oprimida España el régimen á que servía de base la Constitución de 1812.

Ni al falso protagonista de la aventura de la cortijerillería de Arquillos, trocado en teniente general de los ejércitos nacionales y en ídolo de la parte más levantisca de la plebe, ni al verdadero autor del rapto y seducción de la muchacha, convertido en el orador imprescindible del bando exaltado en logias y cafés, faltó desde entonces ocupación constante y agitada.

Durante los tres que luego se apellidaron «mal llamados años,» con defender su propia personalidad, atacada no sólo por los partidarios del absolutismo, sino hasta por «anilleros» y «doce añistas,» y sobre todo con proteger á la Constitución de las asechanzas que la tendían dentro de España cortesanos, guardias de la real persona y hasta el monarca mismo, y fuera las potencias coligadas constituyendo en el Congreso de Verona, tenían no poco que hacer.

No es mi objeto hacer la historia de aquel accidentado período. Sobradamente conocidas son sus peripecias, altamente cómicas unas, como «la batalla de Platerías,» las repetidas apoteosis de Riego y la famosa «coletilla;» trágicamente dramáticas otras, como el asesinato del cura Vinuesa y la ejecución de Elío, y hasta heroicamente gloriosas algunas, como la memorable insurrección de los guardias el 7 de julio de 1822 y la denodada lucha sostenida en Cataluña por las tropas del general Mina contra las partidas que se daban el pomposo título de Ejército de la Fe, para que me detenga en recordarlas.

Únicamente haré memoria, y esto por lo que á mi relato conviene, de la última página de aquel breve, pero loabilísimo paréntesis de luz que los liberales abrían en las negruras del tenebroso reinado de Fernando VII.

Vuelto en contra de los constitucionales todo, hasta sus propios desaciertos, no tardaron en verse en la situación más comprometida y desesperada.

Invadido el territorio por los «cien mil hijos de San Luis,» protegidos éstos por las hordas realistas que parecían brotar del mismo suelo, estrellándose los esfuerzos de los amigos de la libertad contra la astuta falsía de un monarca que en público llamaba facciosos á los que en secreto alentaba y favorecía, en vano fué que las desunidas fracciones del bando liberal se unieran ante el común peligro.

Ya era tarde. Las Cortes, arrastrando consigo y mal de su grado al rey, tuvieron que huir de Madrid, invadido poco después por los rabiosos defensores del absolutismo, y de etapa en etapa, de desastre en desastre, no tardaron los liberales en verse reducidos al breve recinto de Cádiz, cuna dos veces de las libertades patrias y tumba abierta ya en aquellos momentos para sepultar el cadáver del régimen constitucional.

IV

A Riego, el primero á que en 1820 tocó dar el grito apellidado libertad, correspondió ser el último que en 1823 tratara de defender con la espada en la mano aquel sistema por el cual habría cometido no pocos desaciertos, pero hacia el que nunca desmintió su acrisolado entusiasmo y su intachable fe.

Salido de Cádiz al saber la capitulación que Ballesteros acababa de pactar con el francés conde de Molitor, abrigó por un momento la esperanza de que las tropas de aquél se unieran á las escasas que él mandaba, pudiendo con todas ellas acudir en defensa de la cada vez más estrechada plaza de Cádiz.

Pero tal esperanza duró poco. Lejos de lograr la

fusión que apetecía, vió desmembradas sus propias filas con la deserción de dos escuadrones de Numancia y España, y con el pase á las filas enemigas de no pocos oficiales de otros cuerpos.

Vilches, donde mediante unas onzas de oro quisieron buscar primero hospitalidad y luego caballos que les permitieran huir.

Al que para lograr ambas cosas se dirigieron fué al santero de una ermita próxima al pueblo llamado Vicente Guerrero, y hombre conocido, no sólo por ideas ultra-absolutistas, sino por lo arisco y torcido de su condición, el cual, comprendiendo desde luego que de personas muy de cuenta y no poco comprometidas se trataba, lejos de rehusar á los demandantes, fingió compadecerse de ellos, ofreciéndose á llevarlos á lugar seguro.

Para llevar á cabo el plan que ya tenía concebido, lo que hizo fué conducir á Riego y á sus tres compañeros á un cortijo próximo, y avistándose después con un amigo suyo, con pretexto de ir á buscar caballos para la fuga, se dirigió al próximo pueblo de Arquillos á poner en conocimiento del alcalde la presa que tenía entre sus garras.

Antes, sin embargo, el amigo del santero se obstinó en consultar el asunto con un hermano suyo, al que no tardaron en encontrar, y al que en cuatro palabras pusieron al corriente del negocio de que se trataba.

- Sois dos miserables, rugió éste, que era por lo visto persona de muy otro natural. Sean cualesquiera las ideas que tengan y la condición á que pertenezcan, á hombres que tan confiadamente se entregan á vuestra generosidad no es capaz de venderlos sino el más vil de los canallas.

Y comprendiendo que su actitud resuelta había bastado para imponerse á sus interlocutores, añadió:

- Guiadme hasta el sitio en que están los fugitivos, que aunque en ello me vaya la piel yo sabré facilitarles los medios de que defiendan unas vidas que tan confiadamente ponen en vuestras manos.

Poco después los dos estaban á la vista del cortijo en que Riego y sus compañeros de infortunio esperaban impacientes los caballos en que contaban huir.

V

Si el general no hubiera estado asomado á una ventana esperando la vuelta de los que él tenía por sus salvadores, quizá otra hubiera sido su suerte.

Pero bastó con que el que tan generosamente se comprometiera á salvar á los perseguidos viera su cara, para que demudada la suya se parara en seco, preguntando con ira:

- ¿Es ese uno de los que huyen?

- Sí, le respondieron sus compañeros.

- Pues basta. Nadie se mueva. Con vuestras vidas me respondéis de él. Si se escapa os abraso de un tiro.

Y en una carrera loca, desatentada, se dirigió á Arquillos, de donde no tardó en volver seguido del alcalde y un grueso pelotón de voluntarios realistas.

- Estamos perdidos, murmuró Riego al verlos llegar.

Y sin pensar en defenderse siquiera, se rindió á aquellas feroces turbas que, creyendo hacer la captura de unos liberales oscuros y de última fila, se encontraban con la honra de ser los aprehensores de la figura más principal y saliente del alzamiento de 1820.

La alegría producida por tan inesperado suceso no podía traducirse en palabras. Rugidos de fieras sedientas de sangre fué todo lo que pudo salir de aquellas gargantas.

El único que habló en lenguaje inteligible fué el que de generoso salvador se había trocado en el más vil de los delatores.

- ¿Me conoce usted?, dijo en voz baja dirigiéndose al general.

Riego le miró un breve espacio y respondió con desdén:

- Creo que esta sea la primera vez que veo esa cara.

- Pues me llamo Mateo López Lara, añadió el palurdo recalcando cada sílaba de su nombre.

Pero el vencido general, que tampoco recordó nada con aquellas señas, se limitó á responder:

- Eso donde debe hacerlo constar es ante los encargados de premiar la heroica hazaña que acaba usted de realizar.

Y volviendo la espalda á su interlocutor, se dejó



EL AMIGO DE LOS PÁJAROS, cuadro de José Jiménez Aranda

Entonces, dando aquel paso por perdido, intentó otro camino. Para llegar á Cartagena, plaza que mantenía fiel á la causa liberal el brigadier Torrijos, tomó derroteros hacia Jaén con solos mil quinientos hombres; pero hallándose allí con el paso cortado por el general Bonnemais, perdió una tercera parte de sus fuerzas, fué de nuevo derrotado en Mancha Real después de catorce horas de heroico combate, y batido últimamente por el francés en Jodar, dejó prisioneros setecientos hombres.

Puestos en dispersión los demás, el que hacía poco era el ídolo de la nación y del ejército, sólo

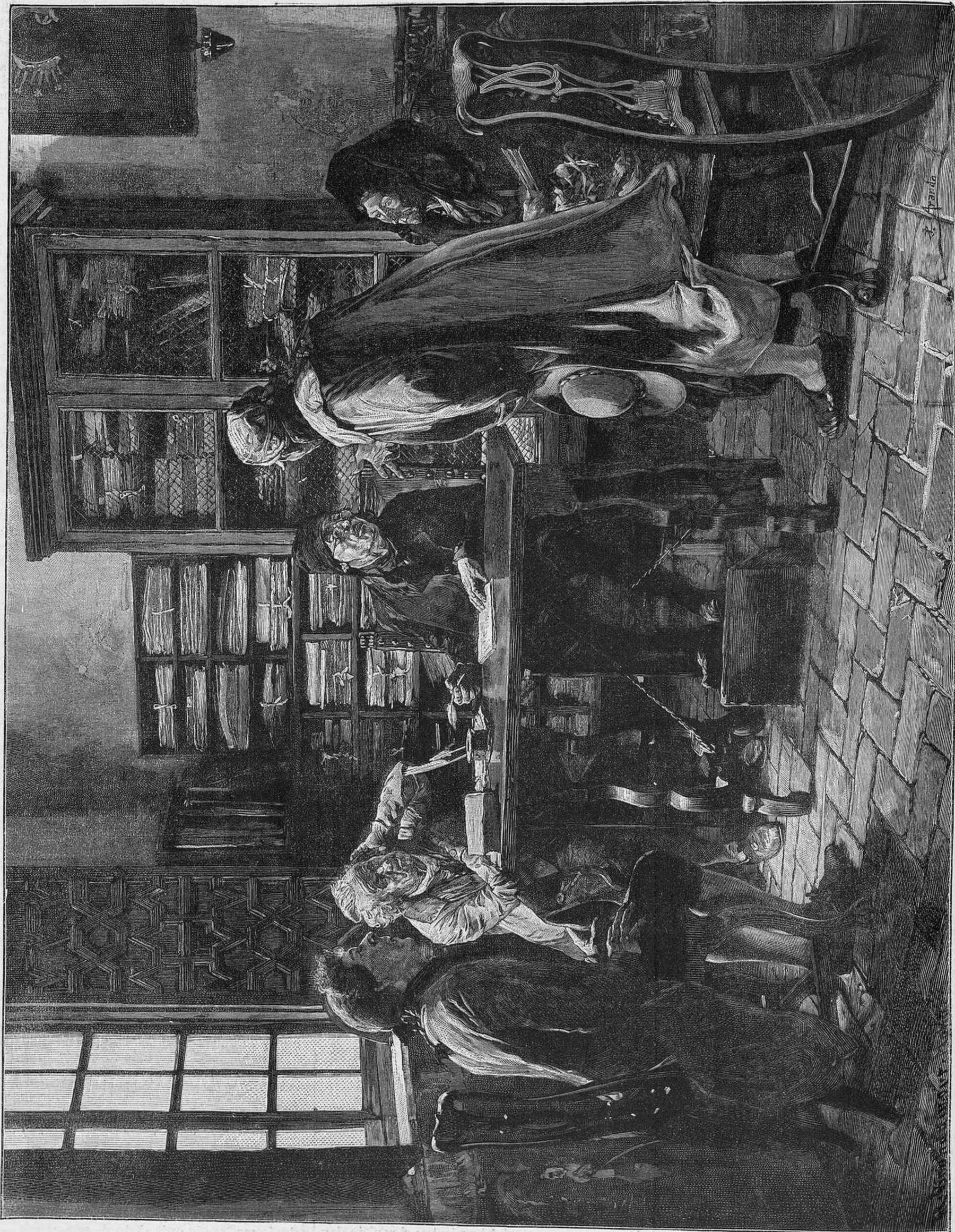


¡LOCA!, cuadro de José Jiménez Aranda (Exposición nacional de 1895)

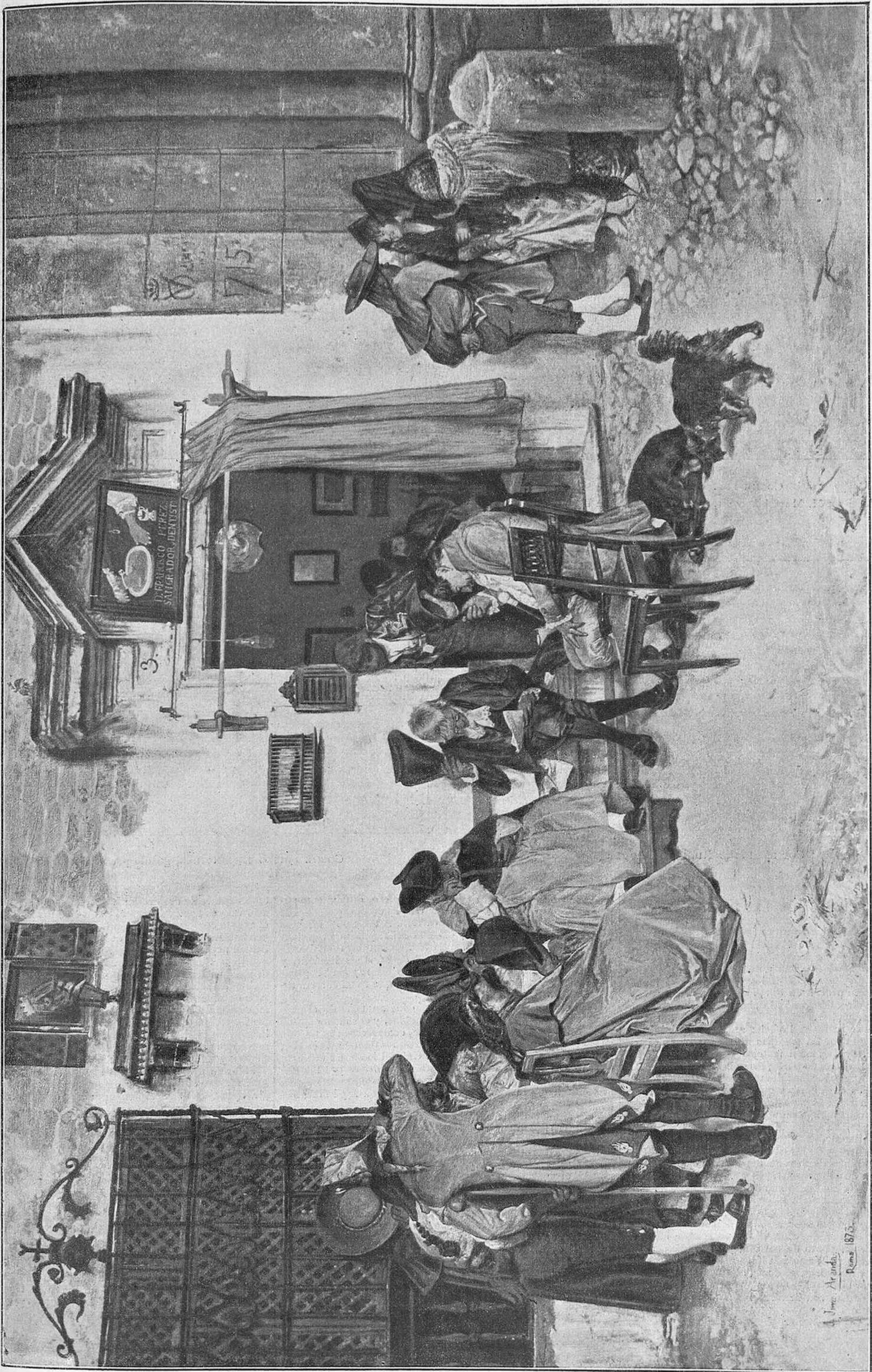
vió en torno suyo tres amigos leales: el capitán don Mariano Bayo, el teniente coronel piemontés Virgilio Vicenti y el inglés Jorge Matías.

En tal situación, ¿qué quedaba á aquellos desgraciados sino tratar de poner á salvo sus vidas?

Para lograrlo llegaron, sabe Dios con cuántas penalidades, á la villa de Torre Perjeil, en término de



EN EL DESPACHO DEL NOTARIO, cuadro de José Jiménez Aranda



S. M. EL REY QUE DIOS GUARDE, cuadro de José Jiménez Aranda

maniatar por los que como fiera aherrojada debían conducirse hasta Ubeda para entregarle á las autoridades locales.

VI

El 7 de noviembre subía en Madrid las escaleras

de la horca el general don Rafael del Riego, reo del delito de haber expuesto cien veces la vida en defensa de la patria, de la libertad y del rey.

Pocos meses después publicaba la *Gaceta* un extenso decreto concediendo, no sólo crecidas recompensas pecuniarias, sino hasta honores muy superiores á la jerarquía en que habían nacido, á los her-

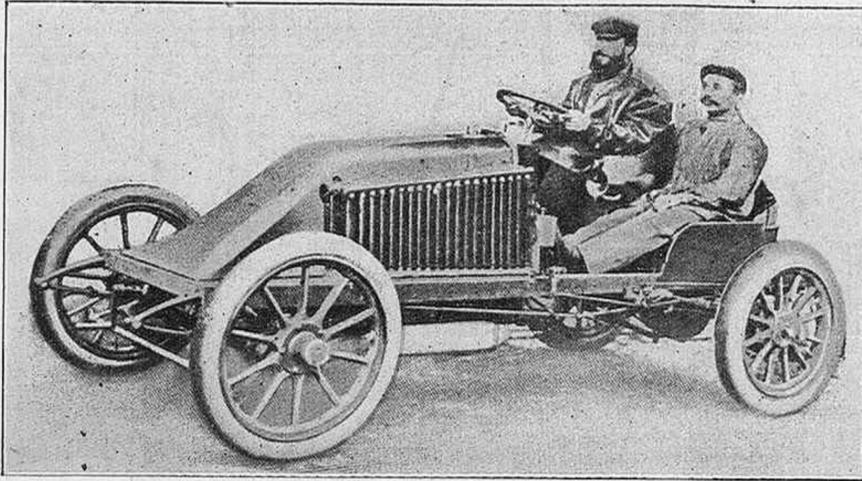
manos Mateo y Pedro López, al santero Vicente Guerra y á todos cuantos habían contribuido á la captura del rebelde Riego.

Así era como distribuía sus recompensas Fernando VII.

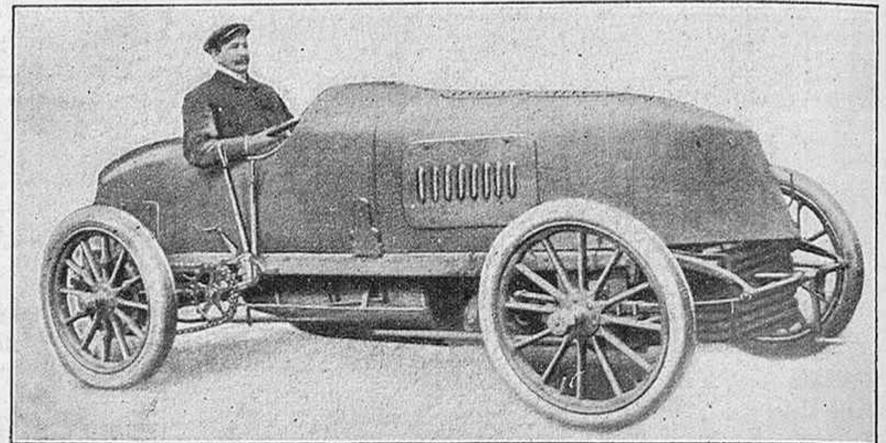
ANGEL R. CHAVES.

(Dibujo de Medina Vera.)

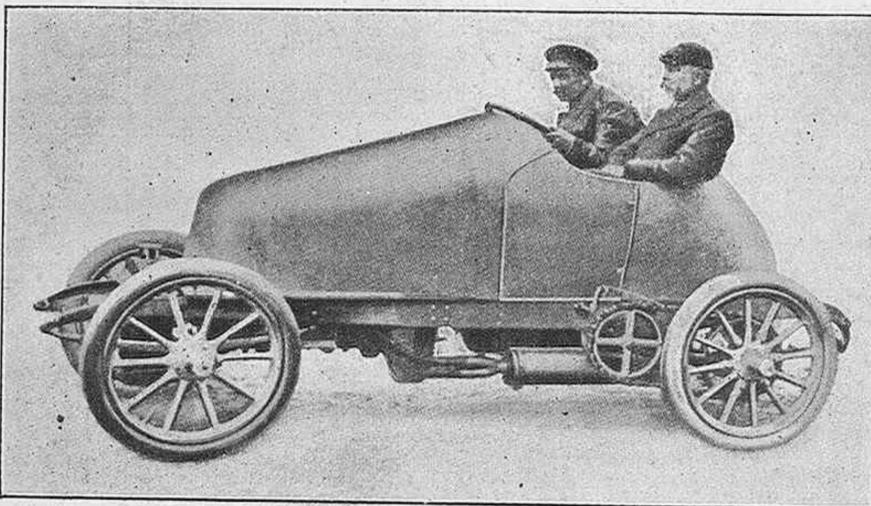
CARRERA DE AUTOMÓVILES PARÍS-MADRID



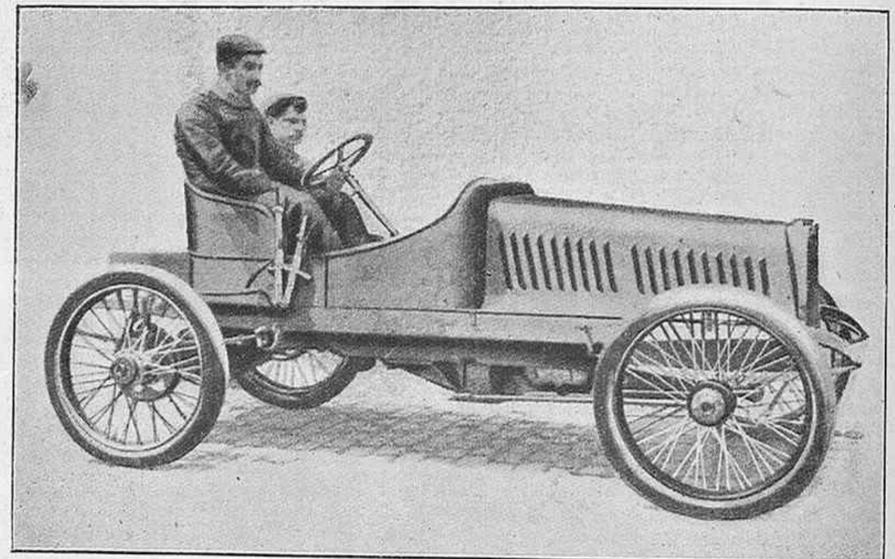
COCHE LIGERO RENAULT, guiado por M. Marcel Renault, ganador de la carrera París-Viena



COCHE MORS, TIPO PARÍS-MADRID, guiado por M. Enrique Fournier, ganador de la carrera París-Berlín



COCHE LIGERO RICHARD-BRASIER



COCHE LIGERO DECANVILLE, guiado por M. Mestayer

CARRERA DE AUTOMÓVILES PARÍS-MADRID

Desde hacía mucho tiempo no se hablaba de otra cosa en los círculos automovilistas de Francia y de España; las casas constructoras apercebíanse á disputarse el *record* de la velocidad fabricando máquinas de una potencia hasta entonces no igualada, y los *chauffeurs*, aficionados y profesionales preparábanse para la gran prueba en que, al par que la bondad de los vehículos á su dirección confiados, había de demostrarse la pericia de sus conductores.

A medida que se acercaba la fecha señalada, los clubs de ambos países adoptaban las medidas necesarias para el buen éxito de la carrera y disponían festejos para obsequiar á los que en ella hubiesen tomado parte; los gobiernos francés y español ordenaban que se reconocieran las carreteras por donde habían de pasar los corredores y que se hicieran en ellas las recomposiciones necesarias para dejarlas en perfecto estado, y los fabricantes enviaban exploradores para estudiar el trazado que debía recorrerse. Ya en los últimos días, levantábanse en Madrid tribunas desde donde pudiera el público presenciar cómodamente la entrada de los carreristas; decretábase la suspensión de todo tráfico durante 48 horas en los caminos que debían recorrerse; distribuíanse tropas y fuerzas de la gendarmería y de la guardia civil para mantener dichos caminos expeditos; la Cruz Roja española organizaba la movilización de 800 de sus individuos y distribuía en distintos sitios sus ambulancias para prestar en caso necesario los debidos socorros; las compañías ferroviarias anunciaban trenes especiales, las francesas para Versailles, punto de partida, y las españolas para diferentes estaciones próximas á la línea por donde la carrera debía efectuarse, y á Madrid, es decir, al punto de llegada; y la prensa de mayor circulación de ambos países llenaba buena parte de sus columnas con detalles relativos al suceso con tanto afán esperado.

La expectación era inmensa en el mundo del automovilismo y en forma de curiosidad habíase contagiado á muchas gentes que ningún interés sienten por este deporte.

Por fin llegó el gran día, y desde la víspera salió de París una muchedumbre enorme que se dirigía á Versailles, en donde llegaron á juntarse 400.000 personas. El espectáculo de aquella masa, en la que se confundían peatones, ciclistas, jinetes y vehículos de todas clases, era imponente: el 5.º regi-

miento de ingenieros, enviado allí ex profeso, difícilmente podía mantener el orden y conservar despejado el espacio desde el cual había de emprenderse la carrera. A las 3 y 45 minutos de la madrugada del día 24 dióse la señal y salió el primer carruaje, conducido por el inglés Mr. Garrot; un minuto después salía el de M. Knyff, luego el de M. Luis Renault, y así sucesivamente de minuto en minuto los 127 coches grandes, los 23 pequeños y los 47 motocicletos que en la carrera tomaron definitivamente parte.

Desde aquel momento el telégrafo fué anunciando el paso de los carreristas por los distintos pueblos, y por último desde Burdeos, término de la primera etapa, comunicaron la llegada de los primeros automóviles, que fueron los de Renault (Luis), Jarrow, Gabriel, Barras, etc., etc.: Gabriel habíase llevado la palma en aquel trayecto, pues había recorrido los 552 kilómetros en cinco horas y 13 minutos; Renault había alcanzado en la Bourdinere el máximo de velocidad, ó sean 143 kilómetros por hora.

Pero al mismo tiempo que éstas iban recibiendo otras noticias más tristes: en Libourne, el vehículo de Lorraine-Barrow había chocado contra un árbol, quedando gravemente heridos sus dos conductores; más acá, en Angulema, el de M. Tourang había matado á dos soldados y á un niño, resultando muerto el maquinista y gravemente herido M. Tourang; M. Renault (Marcelo) había sido arrojado del automóvil y su estado era gravísimo; en Montguyon, el de M. Stead había chocado con otro, volcando ambos carruajes y resultando heridos de mucha gravedad dicho señor y su maquinista; cerca de Bouneval, el de M. Poster se había incendiado, quedando carbonizado el *chauffeur*; en Ables, otro automóvil había matado á una mujer, etc., etc.

En resumen, que en la primera etapa, la carrera París-Madrid había causado, que se sepa hasta ahora, diez y seis víctimas, seis muertos y diez heridos.

Era de esperar, en vista de tan desastrosos resultados, que la carrera sería suspendida; y en efecto, los gobiernos francés y español prohibieron inmediatamente que continuara, decisión que fué bien acogida por todo el mundo, aunque por muchos considerada como tardía, pues mejor que prohibir su continuación después de los terribles accidentes ocurridos habría sido no autorizarla. Porque ¿quién no preveía lo que iba á suceder? Cuando se hablaba de automóviles que más parecían máquinas de guerra que vehículos de recreo y que

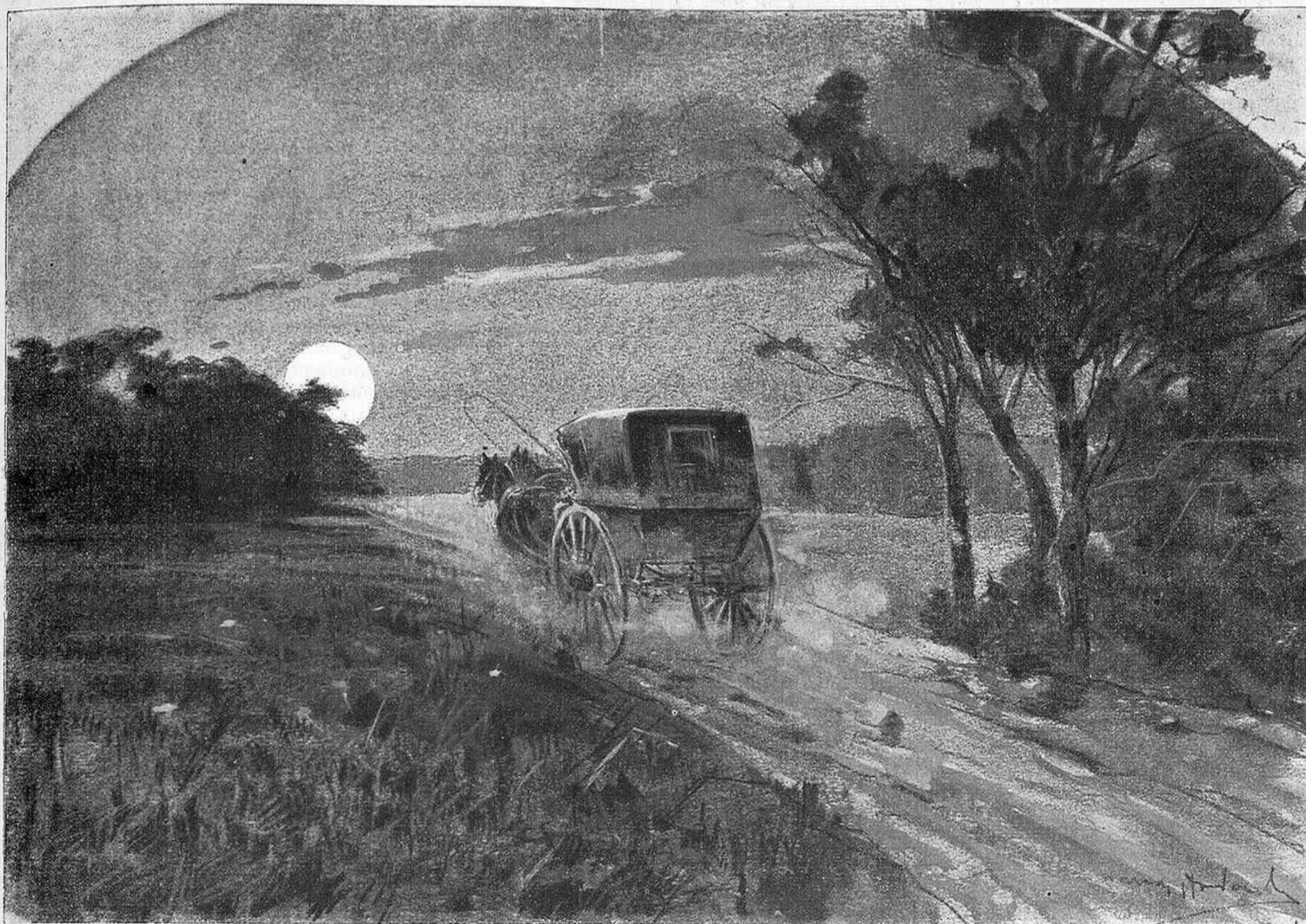
eran capaces de desarrollar velocidades no alcanzadas por los más veloces trenes expresos, todos cuantos miraban fríamente el asunto comprendían que tales máquinas en manos de quienes habían de poner gran empeño en ganar el campeonato, debían necesariamente causar numerosas desgracias. Precisamente la Sociedad de Hipnología y Psicología de París ha discutido hace poco el tema «Locura de la velocidad,» y los eminentes sabios que en la discusión han intervenido han estado de acuerdo en que esta locura tiene gran analogía con el morfínismo y el alcoholismo y en que, como ha dicho el doctor Bertillon, «todo aquel que trata de alcanzar la mayor velocidad sin ningún fin útil pertenece á la clase de los degenerados que no tienen ya dominio sobre su propia voluntad y se sienten poseídos de rabia contra los obstáculos más ligeros.»

Mas aun prescindiendo del aspecto luctuoso de la carrera, ¿qué razones había para autorizar espectáculo semejante, con gran perjuicio de las regiones por donde debía efectuarse, cuyo tráfico se interrumpía en absoluto por espacio de dos días? ¿Tratábase de algún experimento de tanta trascendencia para el porvenir de la humanidad, que justificara la intervención en el mismo de los gobiernos de dos naciones y la adopción de medidas que sólo en casos muy excepcionales pueden tener su explicación? Nada de esto; se trataba pura y simplemente de hacer la propaganda de algunas casas constructoras, con la agravante, para lo que al gobierno de España se refiere, de que entre ellas no había ninguna española.

Por otra parte, la carrera París-Madrid, fuesen cuales fueren sus resultados, no respondía á ningún fin práctico, porque ¿qué utilidad puede reportar un artefacto que necesita correr por carreteras previamente preparadas y en las cuales se haya interrumpido la circulación? ¿Qué importaba que los fabricantes inventaran vehículos de formas nuevas y motores de mayor potencia que los hasta ahora conocidos, si tales motores no podían funcionar ni aquellos vehículos moverse sino en condiciones tan especiales que rayaran en lo imposible?

«Si los industriales y las sociedades de automóviles quieren hacer ensayos de velocidad, que los hagan en pistas de su pertenencia,» ha dicho el presidente del Consejo de Ministros de Francia al ser interpelado acerca de las fatales consecuencias de la carrera que con sobrada razón ha sido llamada de la muerte.

¡Lástima que no contestara en estos mismos términos cuando se solicitó la autorización para verificarla! — A.



La luna les seguía, alumbrándoles amablemente

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

-Hágase lo que usted quiera, amigo Esquendo, respondió Ladislao con pesadumbre; que vuelva mi desgraciada hermana á esta casa, puesto que el destino lo manda. Me someto, no discuto, pero protesto, protesto por la posición delicadísima en que se coloca... ¡No esperaba yo golpe semejante!

D. Fabio se levantó, y echándole un brazo por el hombro, le tuvo un rato abrazado, en prueba del afecto paternal que le inspiraba Victoria, y de que aquella desgracia, que en apariencia les desunía, les unía más á él, con quien siempre podían contar. Luego hablaron de la forma en que había de realizarse lo convenido, y acordaron que, pareciendo natural que fuera por Victoria el hermano y no el tío quien la acompañara, al día siguiente iría Ladislao á *La Justa*, porque en ese día ó al otro, que esto dependía de la consulta con los médicos que en la ciudad aguardaban á D. Fabio, sería Josecito conducido á la reclusión que se le había impuesto en bien propio y tranquilidad de todos.

Salieron ambos del despacho y por las habitaciones consabidas á la terraza; en el comedor un mullido aispado ponía la mesa para el almuerzo, y en la terraza doña Mónica acababa de tender su ropa, saludando al señorón trigaleño con un respingo y una mirada de inquina, pues siendo el tal de los de allá, de los que tenían secuestrada á su niña y la habían desterrado á ella, no podía ser buena persona ni venir á cosa buena.

En la calle D. Fabio y Ladislao se despidieron, metiéndose D. Fabio en el tranvía que pasaba, y dirigiéndose al muelle Ladislao á proseguir la interrumpida tarea de apuntar las pieles embarcadas. Preocupada su imaginación con tan graves sucesos, lastimados sus nervios de histérico por las súbitas emociones que acababa de sufrir, su delicada mano, al coger el lápiz, temblaba y no pudo reanudar la operación cominera, cediendo de nuevo lápiz y cuaderno al dependiente, y sentándose en un poyo para

presidirla por lo menos; miraba el fondo de las barcas, que se llenaban poco á poco, los sudados peones, la grúa escandalosa, el agua sucia del río, y la voz de D. Fabio seguía contándole al oído todo aquello que de tal modo trastornaba sus proyectos y arruinaba la base de su obra de ambición: el matrimonio de Victoria...

A las doce subió á almorzar, y halló instalada en el comedor, delante de la ventana, cuyo visillo, para aumentar la luz, había levantado, á doña Mónica zurciendo medias.

Oficialmente era la señora doña Mónica el ama de llaves; pero, en realidad, la arrugadita y vivaracha anciana reemplazaba, con casi todas las prerrogativas domésticas y del afecto familiar, á misia María Josefa Solaños desde que esta infortunada señora murió, al poco tiempo de la desaparición misteriosa del arruinado Mr. Stuart, de quien no se supo ya más, ni se sabe nada á estas horas; es decir, que doña Mónica no comía con los señores, los niños que vió nacer y adoraba como madre, pero les tuteaba y se permitía con ellos regaños y confianzas tolerados por la costumbre y la fidelidad acreditada, ejerciendo en el interior de la casa, sobre la servidumbre, absoluto é inapelable dominio.

Por causa de la oposición sistemática y apasionadísima que hiciera contra el malhadado bodorrio, las relaciones entre Ladislao y doña Mónica no eran muy cordiales, y hubo día en que Ladislao, olvidando servicios y excelentes intenciones, puso casi en la calle á aquel crítico gruñón, cuya influencia sobre el ánimo de la hermana recelaba tanto; seguramente, si Victoria no se ablanda y no cesa la campaña obstruccionista de la vieja sirvienta, cumple el joven su amenaza, aunque doña Mónica, temblándole todas las arrugas de su cara, se defendía valientemente.

Llanto amarguísimo daba término á estas escenas, que se reprodujeron todo el tiempo que dura-

ron las vacilaciones de Victoria; cuando ésta otorgó el sí á Josecito, doña Mónica hizo *mutis*, y casada la niña, sola en la casa, no salió ya de su silencio; miraba de reojo á Ladislao, mirada de reproche y de encono que apenas disimulaba el grueso cristal de sus gafas.

Escasa conversación gastaba, pues, Ladislao con doña Mónica, y desde la visita primera á la niña, ninguna, porque volvió la anciana insoportable de suspirona y llorosa, suspiros y lágrimas que se crucieron á la segunda visita, y se resolvieron, con motivo de una carta misteriosa de Victoria, en soponcios sin fin, antojándosele á Ladislao que todo ello era nostalgias de la muchacha y sensible-rías de la vieja, que, por poco que las dejaran solas, se desatarían á su gusto. Como doña Mónica no le habló palabra de tales entrevistas, no hizo mayor caso, esperando la ocasión de prohibirlas, si había por qué, y aparentando no parar su atención en los ojillos colorados, el sonar de narices y el gimotear del vejistorio en los rincones.

No tenía costumbre la señora de sentarse en el comedor á la hora de las comidas, y menos desde que rehuía la presencia de Ladislao obstinadamente; así, le irritó al joven verla instalada allí, con la pretensión, sin duda, de averiguar lo que al señor de *La Justa* había traído á Barracas, y todo su mal humor, su despecho y su disgusto de vencido hallaron el pretexto que necesitaban para desbordarse sobre la cabeza del obscuro censor y profeta cuyo triunfo la fatalidad sancionaba. Asperamente la mandó retirar:

-¡Mónica, vete!

La señora cogió en silencio la cestilla de la costura, y se dirigió á la puerta. Ladislao se había sentado delante de su cubierto, y desenvolvía con enfado la servilleta. Antes que doña Mónica saliera, la llamó, de modo tan áspero como el empleado para despedirla.

— Espérate, oye: el cuarto de Victoria, ¿sabes?, el cuarto de Victoria es preciso que lo ventiles, límpies bien y prepares... para mañana. ¿Entiendes?

— El cuarto de la niña, contestó doña Mónica con visajes precursores del llanto, lo ventilo todos los días, y está de limpio lo mismo que cuando... cuando ella lo ocupaba. Como preparado, es decir, hecha la cama..., así, no, porque no hay necesidad.

— Te he dicho que lo prepares para mañana.

— ¿Para mañana?

Ahora sí que doña Mónica no se marchaba, aunque la soltara el otro todo el flujo de su bilis. ¿Prendería el egoísmo, el cruel causante de las penas de su niña, el pálido ambicioso que en aras del interés la había sacrificado fríamente, introducir en la alcoba virginal, objeto de su culto, alguna mujerzuela? ¡Ah, no! Ella se opondría, la defendería, se echaría al través de sus umbrales para que, sólo pisoteándola, pudiera entrar el vicio. Se sentó decidida, con la cestilla sobre la falda.

— ¿Estás sorda?, preguntó Ladislao, furioso.

— No estoy sorda, contestó la anciana; oigo bien; casi, casi, adivino lo que quieres, pero deseo saberlo de fijo. ¿Para qué me mandas preparar el cuarto de la niña? ¿Quién va a ocuparlo? ¿Quién viene mañana?

— ¿Quién ha de ocuparlo, estafermo? Pues ella, Victoria.

— ¡Victoria!

No fué sólo la cesta lo que se le cayó a doña Mónica, repartiéndose cuanto contenía por la estera, sino también la calabaza con la media y el ovillo de algodón; si más guardara en las manos flacas, todo lo arroja en aquel salto que dió desde la silla a la mesa, sobre la que se apoyó, temblando, y repitiendo el nombre de su niña querida:

— ¡Victoria!

Ladislao tuvo lástima de aquella madre postiza, tan extremada en su amor como si legítima fuera, y se aplacó súbitamente. Entraba el mulatillo con el primer servicio, y mientras lo presentó, retiró el joven el par de huevos pasados por agua, los partió en el borde de la copa, sacó el precioso contenido, mojó en él las rajitas de pan y se marchó el muchacho, no hubo medio de que doña Mónica supiera cómo y por qué se realizaba el milagro de que la prisionera de la *Verona*, entregada a los Esquendo en nombre de la ley, tornara libre a Barracas... ¿Con el marido? ¿Sin el marido? La demora en descubrir el enigma, la fría cachaza de Ladislao en servirse, la estremecían de impaciencia, sin que de la mesa se apartara, mirando, angustiada, los manejos de la mano femenina del joven en torno de la copa.

— Oye, Mónica, dijo al fin Ladislao chupando las jugosas rajitas; es justo que te explique la causa de la vuelta de Victoria a ocupar su cuarto de soltera, pero voy a hacerlo con la condición ó la prohibición, mejor dicho, de que no me salgas con tus lloriqueos y el recuerdo de tus profecías impertinentes, tus *ya me lo sospechaba yo, ya lo anuncié, así castiga Dios, etc.*, porque te juro que no lo dirás dos veces. ¿Entiendes? Bueno...

Hecha un pasmarote estaba doña Mónica, y cuando se enteró de la desgracia ocurrida, desgracia que, por acaso providencial, abría las puertas de la jaula a la encarcelada, libre del marido y de la abuela; desgracia que, en cierto modo y juzgándola desde un punto de vista anticristiano y estrecho, era la felicidad y la redención de Victoria y la alegría suya propia, de madre que recobra a la hija perdida, no se atrevió a expresarla, eso no; pero la sintió tan profundamente, que se cubrió con el pañuelo la cara. ¡Dios mío! ¡Alabado sea tu santísimo nombre!

Ladislao había dicho:

— Ahora, vete y déjame en paz.

Pero el acombato de la anciana no la dejó oír aquella orden; y lo que hizo fué sentarse y con los intervalos a que obligaban el entra y salir del mulatillo, referir al niño Ladislao lo que Victoria, por extremada discreción, y ella, por considerarlo inútil para el remedio de lo que hecho estaba y no podía ya deshacerse, habían llamado: la vida de *La Justa*, la tiranía de la señora mayor, las precocidades de la viuda, el espionaje de los criados, las brutalidades del marido, la tasa del tiempo, la censura en todo y por todo, la dominación absoluta sin el permiso de respirar ni de mover un dedo, Victoria odiada, espiada, perseguida, sujeta a horario fijo, castigada de palabra a cada paso, obligada a no ir, ni andar, ni ver, ni decir sino lo que mandase la señora mayor que dijera y viera y donde la ordenara que fuera ó la prohibiese que no fuera... ¡Ah, una mártir, una mártir la pobrecita niña Victoria! ¡Si llegaron a aislarla de sus fieles servidores, como ella, y de los que algún afecto la mostraban, como la maestra y el capellán! ¿Por qué no iba ella a *La*

Justa? ¡Ah! ¿Por qué? Pues porque en una carta la niña la previno de que no volviera a visitarla, a causa de que la señora mayor lo tenía prohibido. Así, así. Y entretanto, sufriendo en silencio, sin esperanza, sin la más remota esperanza... ¡Ah, Dios mío, alabado seas!

De esta exclamación, pronunciada ya en voz alta, a la fórmula de reproches y recuerdos agoreros, poco faltaba, y en ello se engolfara doña Mónica, deslizándose inconsciente a tan resbaladizo terreno, si Ladislao, ceñudo, no reitera la orden de que se marchase.

— Basta, Mónica, te he dicho que te vayas.

Y la siguió, de reojo, y cuando hubo desaparecido arrojó la servilleta y se paseó cabizbajo, con visible turbación que ante el mulatillo, en su último viaje de la cocina al comedor, no había para qué tomarse el trabajo de disimular. Entró el chico y puso el servicio de café sobre la mesa. Pero Ladislao no lo cató siquiera, lo dejó enfriar y se olvidó de él completamente: las confidencias de doña Mónica, aquello que ignoraba y era la condenación de su obra, completaba el día, después de la embajada de D. Fabio Esquendo. Hay días negros...

Bajó al escritorio, una pieza grande al pie de la escalera, de paredes blanqueadas, con fardos en los rincones, cajas en montón, alguna piel de bicho raro y productos varios, agrícolas y ganaderos, que parecían estar allí como muestras consignadas a la *Barraca de Stuart* para la venta, y sin hablar a los dos dependientes, que trabajaban en un extremo, cada cual con su librote, se encerró detrás de un biombo de madera, que aislaba su mesa y le defendía a él de la impertinencia del público, y se sumergió en el examen de unas cuentas muy complicadas. Desde la una a las seis de la tarde, con asiduidad ejemplar, revisaba papeles, despachaba consultas, concertaba ventas, detrás de aquel biombo negro, que tenía una barandilla de balaustres diminutos, por la cual se entreveía la rubia y peinada cabeza del patrón, denunciando su presencia, y se entrevió también, durante los primeros años del establecimiento, la soberbia frente, coronada de un copete gris, del padre, de mister John, en cuyas funciones, con viril energía de nadie sospechada, le sucedió aquel mancebo de voz dulce y añorada estampa.

Sin duda detrás del mismo biombo, entre el prosaico revisar de papeles, que proclamaban la lentitud y parsimonia con que el comercio marchaba, surgió aquella idea del engrandecimiento de los Stuart por medios más prácticos y decisivos, de acuerdo con las teorías modernistas, y el sacrificio de Victoria quedó irrevocablemente dispuesto. Allí se refugiaba Ladislao y hallaba fuerzas para seguir la lucha contra la hermana haciendo el balance diario, y de allí salía cada vez más convencido que el negocio redondo de la Barraca, el mejor, el único, era entregar al feo retoño de los Esquendo la mano de Victoria, que un día u otro podía ser presa del primer pelafustán que pasara, reclusa en la soledad de aquel arrabal nada aristocrático por su carácter, por su pobreza y por su orfandad. Y cuando llegó a conseguirlo, sonrió con el orgullo del triunfo de haber redorado el apellido regio.

No sonreía ahora, no, detrás del biombo negro, en esta tarde nebulosa en que su obra, de tan sólidos fundamentos, al parecer, la miró derrumbada y deshecha. Desde la una a las seis pensó, pensó, en muchas cosas ajenas a los papeles que revisaba, tan ajenas, que las cuentas se embrollaron más y tuvo que dejarlas al cabo. Pero también sonrió una vez, corta indemnización a su amargura, y fué al pensar que si Victoria volvía, no volvía con las manos vacías...

Y entretanto, arriba, el contento de doña Mónica se manifestaba sin rebozo, alborotando a los criados y hasta a los pájaros dentro de sus jaulas. Dió una escoba al mulatillo, y ella con su plumero y su buen delantal a barrer, a fregar y a dejarlo todo como un sol para cuando la niña viniera. A ratos cantaba y lloraba a veces, asustada aún de aquel milagro, que de manera tan rara y maravillosa anulaba lo mal hecho y realizaba lo imposible.

Había abierto la bonita alcoba azul, que la luz alegraba y desinfectaba el aire del olor de tumba que el encierro y la ausencia producían; tendida de cretona floreada, blanco el menaje, de laca, en las paredes grupos simétricos de repisitas de *biscuit* con figurillas, con floreros y monerías, y sobre el reclinador una copia rafaelesca muy bien hecha, para doña Mónica guardaba los suspiros de su dueña, y cada objeto el recuerdo de la larga lucha que precedió a la partida. Porque mientras el hermano, después de la disputa casi diaria (que fué agriándose a medida que crecía la resistencia), bajaba al escritorio y detrás del biombo negro preparaba los medios

de combate, la muchacha se refugiaba en la alcoba, y colgada del cuello de la señora, le pedía fuerzas y consejos, y en la alcoba también, cada vez que el novio se marchaba, al final de una de sus visitas enfadosas de sordo, venía a ocultar su desesperación y su tristeza.

En esta butaca sentada estaba el día que la confesó haber cedido a la imposición del hermano, arrepentida ya, y desde ese día no durmió, comió apenas, enflaqueció y se quedó en los puros huesos. ¡Ay! Como dormía doña Mónica en la pieza vecina, la oía quejarse muchas noches, y lo que a doña Mónica le sacaba de sus casillas, era que ella misma, por su propia voluntad, pues la del hermano, por tiránica que fuese, no había ley ni Roque que la impulsara en siendo la resistencia formal y decidida, se entregara mansamente contra su corazón y su gusto, sin duda porque (perdónele Dios idea tan mala a la señora doña Mónica) el interés perverso que a Ladislao había cegado, como el diablo le inspira y tiene el encargo en la tierra de turbar y perder conciencias, sedujo la de Victoria con brillantes perspectivas, y la dominó y doblegó a su capricho.

Un plumero demasiado vigoroso derribó de la repisa el ramito de azahar que en la sacristía de la Merced le dió ella la mañana de la boda, y este recuerdo ahuyentó a los otros, sobre todo el malévolo que, en ocasiones, la hacía incomodar consigo misma, porque dudar de su niña pareciale desafuero y ofensa imperdonables.

Y cantó más fuerte, animó al mulatillo, y entre los dos fregaron y limpiaron curiosamente, como no lo hicieron nunca con más ganas; luego doña Mónica cortó flores de los tientos y las distribuyó en el comedor, en la sala y en la alcoba de Victoria, y con sus propias manos arregló el lecho, tarea antes a cargo de la *mucama* que despidieron después de la boda y había que tomar de nuevo, puesto que las cosas quedaban como si nada hubiera pasado. Puso el juego de Holanda con ancha cenefa de encaje, y sacó del armario la bata de franela celeste y los pantuflos de raso. ¡Era un sueño, un sueño! Y lo pasado, horrible pesadilla: como que nada había pasado, y todo, todo, era fantástica comedia de la imaginación. No existían ni Josecitos, ni *Neronas*, ni nada: Victoria volvía de un viaje más ó menos grato, y tornaba a su vida ordinaria. ¡Dios mío, alabado seas!

Después de las seis subió Ladislao a vestirse, porque desde que vivía solo comía fuera, y oyó los cantos de doña Mónica y vió las flores de bienvenida, poniéndose de mal talante; la llamó, y con crudeza de frase que repugnaba a la dulzura de su voz, la dirigió vivos reproches por aquellas manifestaciones inconvenientes.

¿Qué? ¿Acaso estaban de fiesta? ¿Sucedió una gran desgracia en la familia, que la entristecía y enturbaba, y a ella no se la ocurría sino cantar y celebrar, como si se tratara del acontecimiento más feliz?

E ingenuamente la anciana se disparó de esta manera:

— ¡Una desgracia! ¿Te parece a ti? ¡La suerte mayor del mundo, como dispuesta por Dios, que sabe hacer bien las cosas!

X

Por el tren de la tarde llegó Ladislao a *La Justa*, a fin de evitar el embarazo de un almuerzo y la prolongación de una visita que, en el estado de relaciones existente, debían ser intolerables; yendo por la tarde, apenas le quedaba espacio para recoger a la hermana y tomar el tren nocturno que al filo de la media noche les dejaría en Barracas. Llegó, pues, a poco más de la siete, con el dolor de la triste comisión que traía y del recuerdo punzante de aquella primera vez que vino a la edénica mansión y vió a D. Fabio entre la lluvia de oro de los trigos, sintiéndose señor futuro y sucesor probable de su poderío.

Nadie le esperaba. La escuela y la capilla estaban cerradas, desierta la plazuela y la casa en silencio, como deshabitada ó guardadora de un cadáver. Llamó Ladislao con las palmas y vino Blasa, a quien preguntó por D. Fabio; respondió con incivil despegó la muchacha, fuése sin invitarle a que pasara del umbral, y al buen rato apareció D. Fabio, saludándose uno y otro gravemente.

Como D. Fabio le rogara que entrase, él se negó, diciendo que previnieran a Victoria porque no podían perder un minuto, a lo que contestó D. Fabio que Victoria estaba prevenida y bajaba en seguida. Al mismo tiempo, desembocó en la plazuela la volanta, bien enganchada, y dos criados, como quien lleva un ataúd, trajeron un baúl mundo y otros bul-

tos pequeños, que colocaron en la trasera y liaron cuidadosamente; entretanto, después de breve camuflado de frases de pura fórmula, Ladislao paseaba y D. Fabio miraba a las estrellas, silenciosos los dos, impacientes de que terminaran los preparativos que aumentaban su malestar. Y en esto se escucharon pasos de mujer en el vestíbulo, y de negro, con sombrero y velo a la cara, una bolsita de viaje en la mano, y reteniendo con la otra la niquelada cadena de *Boy*, se presentó la que debía de ser Victoria y no se la reconocía bien a causa de lo tupido del velo y lo escaso de la luz. Ladislao se acercó a ella y no se hablaron nada, permaneciendo uno al lado del otro como dos estatuas.

Entonces D. Fabio dijo con alterada voz.

— Yo les acompañaré hasta la estación. Un momento, y vuelvo.

Y se dirigió a su cuarto e hizo silbar el portavoz. La serpiente verde se estremeció y por su boca habló misia Justa desde arriba:

— ¿Qué quieres?

— Mamá, ahí está el hermano.

— Y a mí ¿qué me importa?

— Ella ha bajado y está para marcharse.

— Que tenga buen viaje.

— ¡Mamá!, me parece que por lo menos debieran ustedes despedirse.

— ¿Yo? ¿Despedirme de ella, yo?

Y la serpiente vomitó la última palabra de la intransigencia, del odio y del rencor.

— ¡Jamás!

D. Fabio cogió su chambergo y salió a reunirse con las dos sombras que esperaban. Disimulando las trazas de su derrota, dijo en el tono más amable que la emoción le permitió:

— ¿Vamos?

Y los tres montaron en la volanta, sentándose Victoria junto a D. Fabio y Ladislao enfrente. El cochero arreó... Cantaban los grillos, mostraba la luna entre los árboles sus redondos mofletes y los murciélagos dábanse trompicones en sus torpes revoloteos; la campiña se adormecía; cerraba la noche. No habían salido aún del parque, cuando se oyeron espantosos alaridos, que debían de proceder de muy lejos ó de muy alto: Victoria tembló y a la pregunta de Ladislao contestó tristemente D. Fabio:

— ¡Está peor, cada vez peor! Mañana le llevaremos a la ciudad...

No hablaron más, aterrados. El tintín de los caballos inquietaba al danés que, colocada la cabeza sobre la falda del ama, gruñía disgustado. Y salieron del parque, y por el camino trotaron los caballos con mayor sonajear de las colleras é inquietud de *Boy*; la luna les seguía, alumbrándoles amablemente, y no les abandonó ya en el fúnebre viaje, escoltándoles durante el larguísimo trayecto de dos horas, único testigo que presenciaba la partida de aquella que dos meses antes *La Justa* recibía como á nueva castellana en los esplendores de una tarde inolvidable, con himnos y gorjeos de niños y de pájaros, asociados todos para festejarla, mientras ahora de la desterrada nadie hacía caso ni se daba cuenta de que en la calesa que pasaba iba la reina de entonces, humillada y sin ventura. *La Justa* se dormía indiferente, esperando el nuevo día...

En la estación reunido estaba el Trigo entero. Fuera indiscreción de Regino ó de algún otro, casualidad (que en las noches de luna el paseo de la estación era el predilecto) ó simple intuición de los más avisados, de los que vieron llegar al señor Stuart por la tarde y atando los cabos de los chismes y rumores que por el pueblo corrían, dedujeron que no perderían el viaje si bajaban, lo cierto es que allí estaban todos, los conocidos y los desconocidos, las autoridades, la aristocracia, la plana mayor de los *picaflors*, el cuerpo de redacción de *El Aura* y *El Independiente* y hasta *Isabelita*, en medio del grupo que presidía la elegante figura de misia Petrona. ¡Qué murmullos y qué alegre reír de unos y de otros y qué silencio repentino, qué movimiento de curiosidad cuando al extremo del andén apareció Victoria enlutada! Abrieron calle para darla paso, algunos se adelantaron para recibirla, pero ella retrocedió y huyó de la perversa curiosidad, aislándose en un banco lejano, donde D. Fabio y Ladislao, vueltos de espaldas, la prestaron guardia, de modo que nadie, ni los que se ufanaban de mayor intimidad con la familia, se atrevieron a aproximarse.

Allí permanecieron media hora, asaetados de todo el concurso. Algunos *picaflors* no quisieron desperdiciar la ocasión de ser impertinentes, y con *Isabelita* á la cabeza pasaron delante del grupo varias veces, llevados del diablo porque no se veía á la tapada ni las manos. Bajo el reverbero los esperaba misia Petrona, Antonina, la intendenta, D. Blas,

D. Zacarías... Y todos, ellas y ellos, con la misma curiosidad preguntaban:

— ¿Qué tal? ¿Está pálida? ¿Llora? ¿Suspira? ¿Se queja? ¿Ha enflaquecido?

— Si está más entapujada que una bruja, contestaba *Isabelita* en falsete, no sabemos si es ó no es la inglesa. Parece un fantasma, y ni llora, ni hace nada más que estarse quieta como un palo.

— ¿Como un palo?, repitió Antonina malignamente; pues de seguro es ella.

— Lo cierto es que no la acompañan ni la abuela, ni la cuñada, dijo el *picaflor* más pintadito de la banda.

— ¡Ay!, como que están á matar, contestó misia Petrona; ¡cuánta razón teníamos en decir que *La Justa* iba á hundirse: pues, señor, ya se hundió! ¿No te parece, Zacarías, que muy bien ha podido Esquendo venir á saludarnos?

Sobre esto crecieron los comentarios y las críticas. El rumor llegaba hasta los tres silenciosos, y las carcajadas, las salpicaduras de la maldad humana, en eterno flujo, como el mar. Cuando al final de la vía surgió entre las sombras el tren, corrieron todos, se atropellaban, y el círculo respetuoso que en torno del banco se había formado, se estrechó al punto de dificultar la salida: Victoria, cogida del brazo de D. Fabio, cruzó los grupos de curiosos, y ayudada de él y del hermano, subió al primer vagón; pero no entró, sino quedóse en la plataforma inclinándose hacia D. Fabio:

— Hace dos meses apenas, balbuceó éste; ¿te acuerdas, hija mía?

Y bajo el velo negro, por primera vez, sonó la voz llorosa de Victoria:

— ¡Sí, tío Fabio de mi alma! ¡Dios no lo ha querido! Adiós, adiós. ¡Abrazale, Ladislao, abraza al hombre más noble del mundo!

Los tres se abrazaron, y Victoria, vacilante, entró empujada por el hermano. Aún se volvió de la puerta, y con el pañuelo saludó á Esquendo, que, al pie de la plataforma escondía mal su emoción, y de todos era blanco.

— ¡Adiós, tío Fabio, adiós!

Se refugió luego en el primer asiento desocupado, y quedó como desvanecida... Mucho tiempo pasó así, ausente, perdida en las nieblas de sus recuerdos, presa de un atontamiento singular que no la dejaba discurrir en qué sitio se encontraba ni adónde iba; un gruñido de *Boy* la despertó, y vio que andaba el tren, y á su lado á Ladislao, Ladislao tieso, ceñudo, pronto á dispararla los rayos de su enojo; hasta entonces no la había dirigido la palabra, esperando, sin duda, la soledad de Barracas para desahogar su ira contra ella, y que por el balleo de los nervicillos ciliares, conocido síntoma suyo, debía ser grandísima. El tren andaba, corría, volaba. Y á Victoria le pareció que la llevaba en contraria dirección, hacia el Trigo, como aquel día, el día de la boda, cuando Josecito se revolvía en torno suyo, gruñendo de impaciencia, y oía voces de todas partes, anunciándola desgracias tan pronto realizadas. Mecida brutalmente, se abandonó con desfallecimiento de todo su ser, fatigado por las vigiliadas y las cavilaciones, y se durmió y soñó también cosas más gratas que la dura realidad la ofrecía, muchas cosas, y durante tanto tiempo, que lo hubo de sobra el tren para llegar á una estación en que Ladislao, que iba despabilado por sus tercios pensamientos, se levantó, recogió aprisa los bultos de la red, y sacudió del brazo á la dormida.

Y como aquel día, el día de la boda, la infeliz preguntó sobresaltada:

— ¿Es el Trigo?

— Ya estamos en Barracas, contestó el joven malhumorado, ahí tienes á Paco. Baja.

No bajó sin que tropezara y cayera casi, mareada, aturdida. En el obscuro andén se quedó parada, aguardando que la voluntad del hermano la moviera; el mulatillo había alzado una linterna que traía y la saludaba alegremente, diciendo:

— ¡Buenas noches, niña Victoria!

Pero ella no respondió; tampoco reconoció al mulatillo, ni la estación, ni sabía por qué la arrancaron de su sueño delicioso para sumirla en las obscuridades de aquel camino ignorado y polvoriento. La luna se había escondido, y para andar seguro era preciso seguir la huella que señalaba la linterna de Paco; asimismo, se cogió del brazo de Ladislao y hasta el portalón de la Barraca marchó como sonámbula, estremeciéndose al golpear de los aldabonazos, que en el dormido barrio resonaron miedosamente. ¡Ay, no, aquella no era *La Justa*! ¿No la llevaban entonces á entregarla á la *Nervona*, ni la esperaba Josecito en la alcoba? Reconocía ahora la puerta, el empedrado zaguán, la escalera... y aquel bulto que por la escalera bajaba precipitadamente,

como si rodara, y sobre ella se arrojaba frenética sin que ella se asustara ni esquivase el abrazo, era... sí, sí, ¡era Mónica, Mónica! ¡Estaba en su casa! ¡Estaba en Barracas! ¿Por qué? ¡A tales horas! ¿Había dejado de ser, pues, la mujer de Josecito?

Doña Mónica la hizo subir y sentar en el comedor, donde había dispuesta una buena cena; le quitó el velo de la cara, y entonces apareció la desencajada y amarilla máscara, las ojeras cárdenas, la boca contraída, la mirada de calentura, que espantaron á Doña Mónica. ¡Señor, cómo se la habían puesto á su niña! ¡Cómo se la devolvían!

— Ladislao, ven, ¡mírala!, dijo la anciana dolorosamente.

Desembarazado de sus avíos de viaje, Ladislao paseaba, más ceñudo que antes. No atendió al reclamo de doña Mónica, y pasó á su despacho, tomando con una caja de cerillas para encender dos picos más de gas, pues la luz era poca.

— ¿Te duele algo?, preguntaba doña Mónica con angustia; ¿qué quieres?

— Luego tomaré caldo ó una gota de Jerez, suspiró Victoria, y me acostaré... en mi cama, Mónica, en mi cama, ¿eh? Y sola, sola. Dormiré muy bien, ¡ay, qué bien! Y mañana me despertaré á la hora que yo quiera, y me levantaré si quiero, y si no, no, y haré lo que quiera, ¿verdad, Mónica?

— Sí, hija de mi alma, exclamó la anciana besándola en la cara y en las manos; aquí eres tú la reina, y no hay más campana que la del deseo. ¡Jesús! ¡Qué dolor de niña mía! Voy por el caldo y por el Jerez...

Momento propicio la salida de doña Mónica ofrecía para la explosión del reconcentrado enojo de Ladislao, que, conforme quedaron solos, se plantó delante de la hermana, castigándola con esta palabra:

— ¡Torpe, torpe, más que torpe!

¡Ya estaría satisfecha! Separada del marido, enemistada con la familia... No, si no la echaba la culpa, ¡claro!, de la locura de Josecito, aunque sabe Dios qué grados de culpa tenía, como los demás; pero sí toda, toda entera, del rompimiento con los Esquendo. ¡Torpe! ¿Comprendía lo que había hecho? ¿No se daba cuenta de la posición equívoca y ridícula en que quedaba? ¡Ah! No era esto lo prometido, de someterse humildemente, de soportarlo todo con resignación, que este, y no otro, es el papel de la mujer casada. La rebeldía la pone fuera de la ley, en pugna con la sociedad; de mujeres rebeldes se forma el contingente del vicio y del adulterio. Y por no someterse, por no saber ser práctica, ¡práctica!, ciencia suma de la vida, fácil de aprender, sin embargo, sólo con dominar los sentimientos y educar la voluntad, hacerse dueño, en fin, de sí propio, en vez de ser juguete, había perdido la alta posición conquistada, comprometido su nombre, labrado su desdicha y puesto una piedra enorme en el camino comercial de su hermano. ¡Ah! ¡Cuánta torpeza! ¡Qué estupidez! ¡Y tanto que la habló, que la aconsejó, que la recomendó, que la suplicó!.. Mira, Victoria, mira... ¿Por qué no hizo cuenta de que no tenía ojos, ni boca, ni oídos? Así no hubiera visto ni sentido lo desagradable, y no hubiera dicho lo inconveniente. ¿Por qué le engañó, por qué le ocultó lo que pasaba? Hubiérase dicho á tiempo, y la habría prestado apoyo, consuelo, luz, que si lo fatal no se evitaba, al menos se evitaba lo caprichoso y lo irracional; no sería la mujer casada sin hogar y sin marido, sino la mujer que vive en la casa de su marido, con la familia de su marido, en su propia casa y con su familia propia. Se había conducido neciamente, la chiquilla de siempre, la romántica, la indócil, la mimosa. Le había engañado. Había faltado á sus promesas. ¡Torpe, torpe!

Fluía la amargura de los labios de Ladislao, lívido, tembloroso de cólera. Victoria, con la cabeza inclinada, se defendía humilde, pero entera:

— No ha podido ser de otro modo, Ladislao. Cuando lo sepas todo, cuando yo te lo cuente todo, te convencerás. Hasta de la calumnia se han valido contra mí. Yo no soy una santa, pero ni un ángel bajado del cielo soporta lo que yo he soportado. ¡Imposible! A más no me obligué, y creo que ni á tanto. Comprendo tus razones, sé que mi situación es deslucida, difícil... Pero ¿qué remedio?.. Y además, si te molesto, si no quieres recibirme, iré á vivir á otra parte con Mónica: ¡casada soy é independiente!

— ¡Cállate!, dijo Ladislao exaltadísimo; no añadas á la torpeza la injuria. ¡No te disculpo, no te perdono!

— ¡Ay! ¡Bien se ve que no sabes lo que he sufrido!

— Lo sé, y por eso mismo...

(Continuará.)

AVIADOR DE LOS HERMANOS WRIGHT

Los norteamericanos trabajan con febril actividad para resolver el problema de la navegación aérea, no siendo el acicate menos poderoso para los inventores la fundación de un premio de 100.000 dólares para quien descubra un globo verdaderamente dirigible ó una máquina que permita volar

En este sistema, tal como fué aplicado en 1894 en la línea de Vincennes á París, el aire comprimido está almacenado á la presión de 60 kilogramos en nueve depósitos de acero de una capacidad total de 2.500 litros, dispuestos transversalmente en el truck motor, debajo del suelo de la caja. Estos depósitos están divididos en dos grupos ó baterías que pueden ser puestos en comunicación, juntos ó

separadamente, con un depósito vertical llamado calentador, situado en la parte delantera del truck, y lleno hasta los dos tercios de agua á una temperatura inicial de 170°: el aire de los depósitos para ir al motor ha de atravesar este

trabajo que puede producir: una calefacción de 273°, por ejemplo, duplicaría este trabajo. Además, el vapor arrastrado por el aire se condensa durante la dilatación de éste, y el calor latente que de este modo pone en libertad sirve para mantener este aire á una temperatura elevada, con lo cual se obtiene también un aumento de trabajo importante. Si, por ejemplo, la temperatura del aire en los cilindros permaneciese constante é igual á 273°, el trabajo que proporcionaría sería cerca de cuatro veces (exactamente tres y media) el que podría producirse teóricamente con igual peso de aire seco tomado á 0° que se dilata igualmente hasta la presión atmosférica.

El volumen del agua y su temperatura inicial se calculan según el peso del aire consumido en cada viaje y de manera que la temperatura final del calentador sea todavía de 100° como mínimo á la llegada: de este modo, durante todo el viaje, la presión

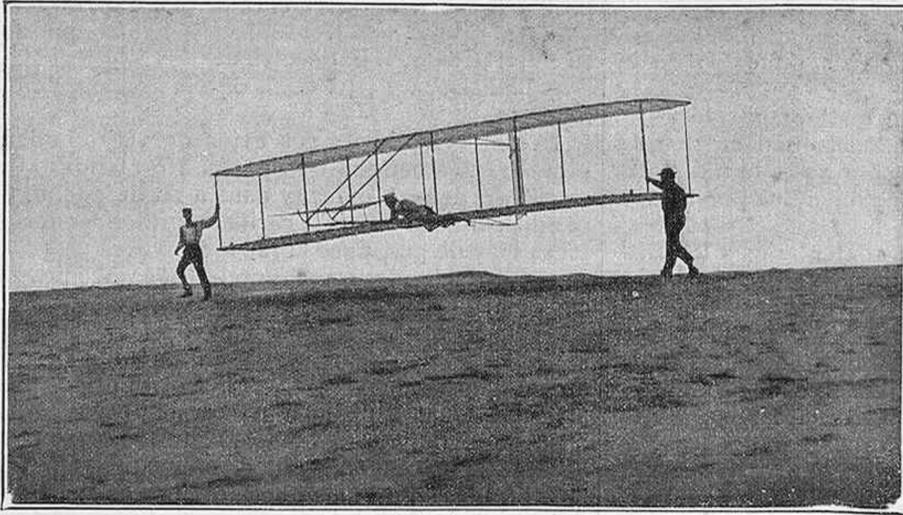


Fig. 1. - El aviador de los hermanos Wright. - Lanzamiento del aparato

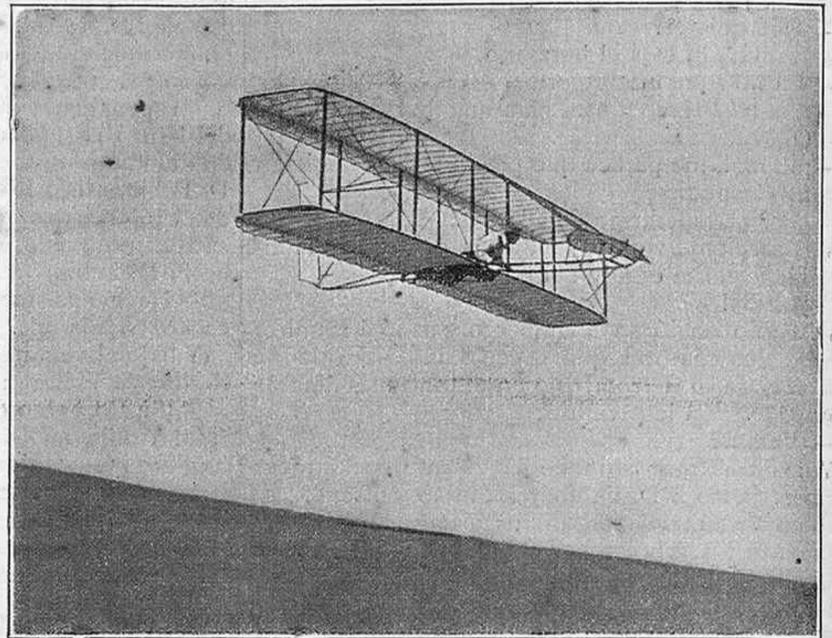


Fig. 2. - El aviador de los hermanos Wright en el aire

sin peligro, el cual premio se otorgará con ocasión de la Exposición universal de San Luis, que se ha de inaugurar en 1904.

Entre los aparatos que hasta ahora han dado mejores resultados en las pruebas figura el de los hermanos Wright, que reproducen los adjuntos grabados y que desde el año 1900 ha verificado setecientas salidas sin ningún fracaso. Esta máquina no lleva motor alguno y se mueve simplemente á impulsos del viento, gobernándose merced á la inclinación que se da á las superficies planas superior é inferior y á un aparato lateral que hace las veces de timón.

No se trata, pues, de una máquina voladora propiamente dicha, á pesar de lo cual en los experimentos realizados han logrado los inventores recorrer distancias hasta de 189 metros en 26 segundos.

Los dos grabados que reproducimos representan al aviador Wright en el acto del lanzamiento y en el aire. - X.

calentador y se calienta á su paso al través del agua, arrastrando hacia los cilindros una cierta cantidad de ésta en relación con las presiones respectivas del vapor y del aire.

La dilatación del aire comprimido se verifica con absorción del calor, y si éste no puede ser proporcionado más que por el mismo aire, su temperatura desciende notablemente cuando la dilatación es un poco prolongada: así, por ejemplo, un aire á una cierta presión y á la temperatura de 15° que se dilata de seis veces su volumen, bajaría á una temperatura de 125° bajo cero; una dilatación que se produjera á la mitad de la marcha de los pistones, determinaría todavía un descenso de temperatura de 71°. En estas condiciones, el funcionamiento del motor sería defectuoso, porque no podría verificarse el engrasado de los cilindros; por consiguiente, el aire comprimido frío sólo podría emplearse sin dilatación.

La dilatación, sin embargo, aumenta considerablemente el trabajo que puede producir un peso de fluido dado, y M. Mekarski ha hecho posible el empleo del aire en los tranvías por medio de la cale-

facción del mismo, que permite utilizarlo con una gran dilatación.

Esta calefacción del aire, operada en el calentador, aumenta por de pronto su volumen y por ende impiden que el polvo y el barro lleguen hasta las articulaciones y piezas de frotamiento. En los coches de la línea Montrouge el aire comprimido está almacenado á la presión de 80 kilogra-

TRACCIÓN DE LOS TRANVÍAS

POR MEDIO DEL AIRE COMPRIMIDO

El aire comprimido empezó á emplearse en la tracción de los tranvías en 1879, en que se inauguró

**



Fig. 1. - Tranvía de aire comprimido Mekarski

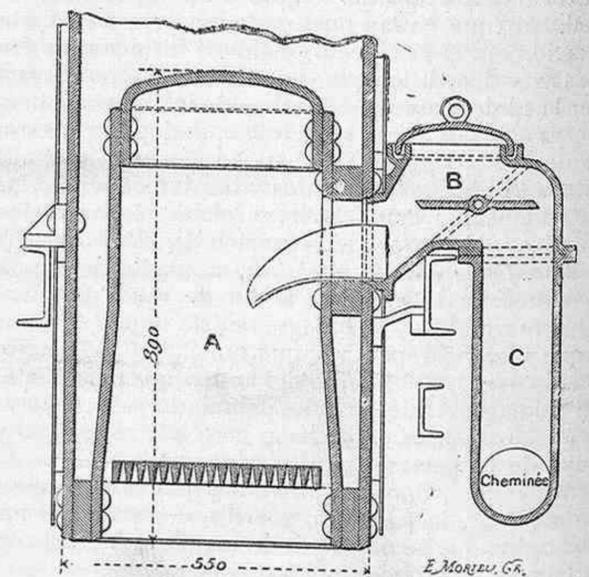


Fig. 2. - Caldera sistema Bonnefond Sección para el hogar y la caja de humo

la línea de Doulon á Chantenay, en Nantes. Desde entonces se han hecho otras varias aplicaciones y en todas ellas se han establecido según el sistema Mekarski.

Esta calefacción del aire, operada en el calentador, aumenta por de pronto su volumen y por ende

impiden que el polvo y el barro lleguen hasta las articulaciones y piezas de frotamiento.

En los coches de la línea Montrouge el aire comprimido está almacenado á la presión de 80 kilogra-

mos en depósitos longitudinales de una cabida total de 2.640 litros; el peso de aire que contienen es de 262 kilogramos a la temperatura de 15°, incluso el aire encerrado en el calentador. Siendo el consumo medio del aire de 13'8 kilogramos por kilómetro, pueden estos coches efectuar, sin nueva carga, un recorrido de más de 16 kilómetros, siendo aun de 12 kilogramos la presión en los depósitos al regreso. El consumo del coque del calentador es de 600 gramos por kilómetro.

El aire comprimido destinado a la alimentación de los coches de la línea de Montrouge, como de las de Passy, Auteuil y la Muette, se produce en una fábrica situada en Billancourt, junto al Sena, y unida a los diversos depósitos, paradas ó terminos por canalizaciones de acero, una de las cuales, la de Montrouge, tiene una extensión de siete kilómetros. Esta fábrica comprende siete máquinas de vapor horizontales de triple expansión de 830 caballos indicados a 52 revoluciones y de 1.000 caballos a 65, cada una de las cuales hace funcionar un compresor de aire de tres fases y cinco cilindros. El compresor, que produce un kilogramo de aire por cada revolución de la máquina, ó sea 3.120 kilogramos por hora, desempeña un papel muy especial, pues no transforma la energía como una dinamo generatriz, sino que produce el transformador creando un potencial; pero este transformador es uno de los mejores que se conocen para la conversión de las calorías en ki-

lográmetros. Las calorías así transformadas son las que proporcionan la energía utilizada por medio del motor de aire, ora sean las que persisten en el aire antes de la compresión, ora sean otras tomadas pos-

M. Mekarski cree que de este modo se puede llegar a obtener una proporción de 45 por 100 entre el trabajo restituído en los pistones de las automotrices y la potencia desarrollada en los pistones de la máquina de vapor de la fábrica. — R. P.



FIESTAS CELEBRADAS EN SAN LUIS (ESTADOS UNIDOS)
El Presidente Roosevelt pronunciando un discurso en uno de los edificios de la futura exposición

teriormente de una procedencia exterior. En este último caso, que es el de los tranvías, se empieza por gastar algunos kilográmetros para hacer calorías que luego se pierden, y después otras calorías para hacer kilográmetros, pudiendo llegarse en esta segunda operación a una cifra muy aproximada a la que dió la primera, en sentido inverso, gastando la cantidad de calor correspondiente.

un estrado improvisado y en presencia del cuerpo diplomático y de representantes de todos los Estados de la Unión, Roosevelt pronunció un elocuente discurso recordando que los republicanos rescataron en 1803 aquella hermosa región que estaba en poder de Francia y que se extiende desde el Missisipi hasta las Montañas Rocosas, y ensalzando las construcciones de la exposición. — M.

FIESTAS

CELEBRADAS EN SAN LUIS
(Estados Unidos)

En los tres primeros días de mayo se han celebrado en San Luis grandes fiestas para conmemorar el centenario de la adquisición de la Luisiana por los Estados Unidos. A ellas concurrió el presidente de la República M. Roosevelt y aprovechando su presencia se ha verificado la *dedication*, especie de toma de posesión, por el jefe del Estado de los edificios de la Exposición Universal que, como es sabido, ha de tener lugar el año próximo en San Luis.

En un edificio no terminado, cuyos andamiajes disimulaban multitud de banderas y escudos con los colores norteamericanos; subido a

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

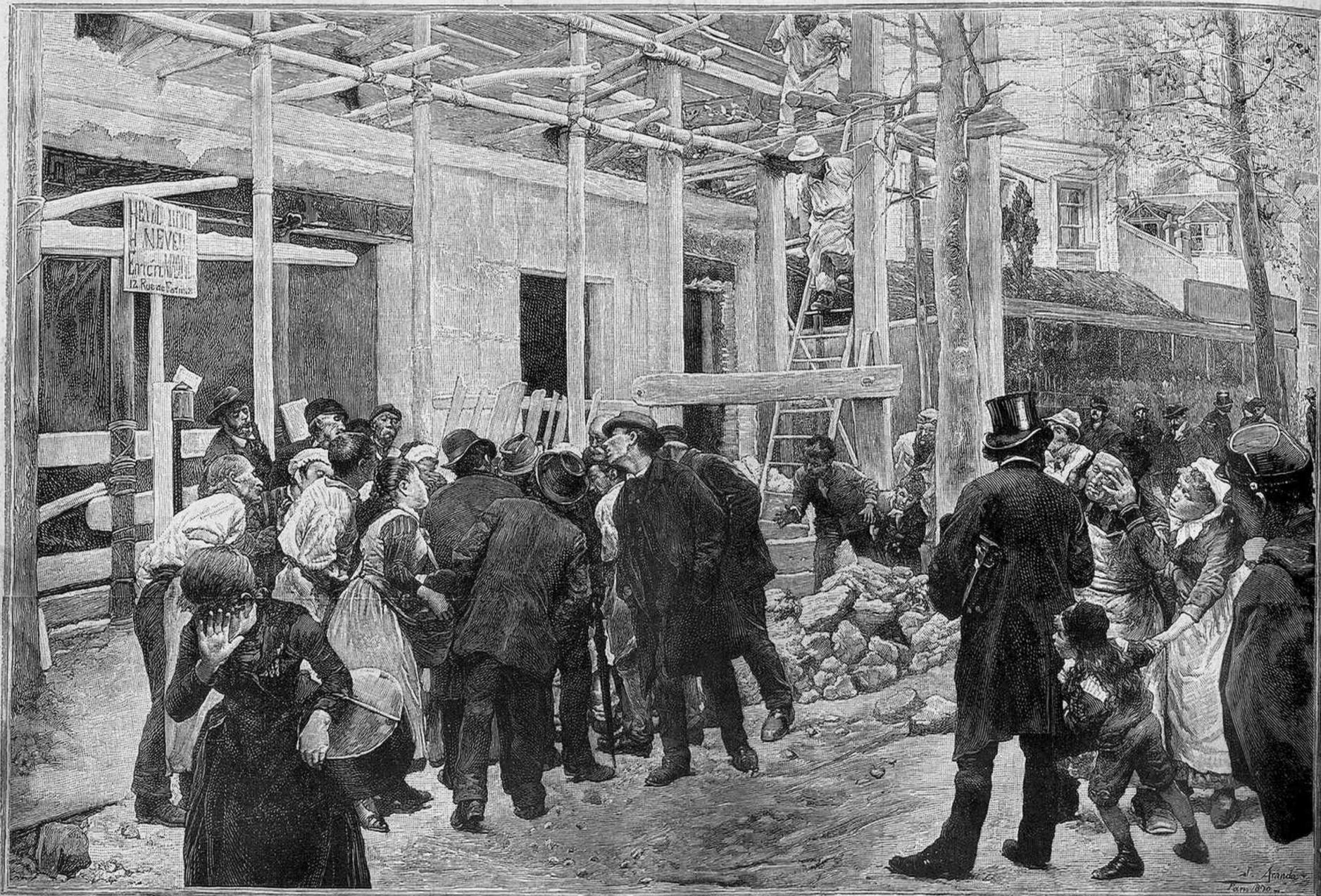
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HARINA LACTEADA
Alimento completo
NESTLE
para
NIÑOS y ANCIANOS.
Contiene la Leche pura de Suiza.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILVORE DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Una desgracia, cuadro de José Jiménez Aranda. (Premiado con medalla de primera clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1890.)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DEL ABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARBOSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES & Co
 78, St-Denis, 46

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

VINO AROUD (Carre-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de : Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curada por el Verdadero
HIERRO QUEVENNE
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Séne.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
 del
ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS